

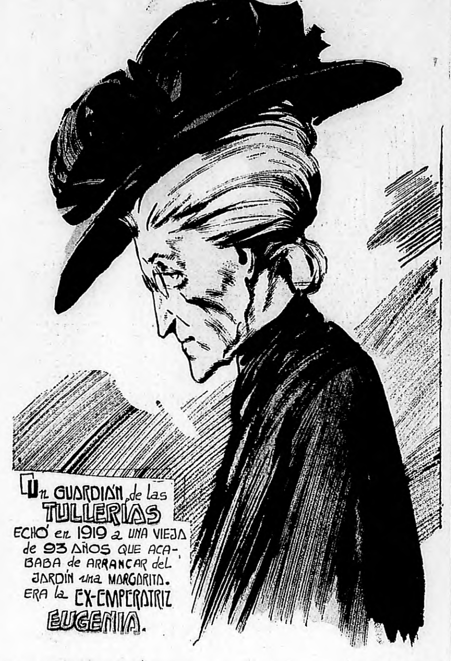
CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I BUENOS AIRES, JUNIO 23 DE 1934 No. 46

VISTO Y OIDO ★ Se Quería Llevar Una Flor ★ por PREMIANI













Un Suicidio

EL caño del Colt humeaba todavía sobre el escritorio. El tiro fué certero y la muerte instantánea. Un pequeño lago de sangre alcanzaba a empapar un block de cartas, sobre el cual estaba apoyada la cabeza del muerto.

Cuando las autoridades se hicieron presentes en el lugar, no dudaron ni por un momento, que la muerte fué producida por propia mano; pero al levantarle la cabeza, un escalofrío pasó por el cuerpo del inspector James, que había visto muchos suicidas, pero nunca sus ojos tropezaron con una expresión tan espantosa; nunca había visto tanto dolor en una cara tan joven y tan prematuramente envejecida.

Ya la carta en manos del juez, leyó:

"Ultimo día de diciembre de 1932. Querida Estela: Ni me disculpes ni me perdones. Mi resolución ha sido largamente meditada, por lo tanto, no pienses ni por un momento que lo hice en un instante de arrebato. Un razonamiento frío, me ha hecho ver que el único camino era ese; y ya que ésta es la última carta, permíteme evocar algunas fases de esta aventura.

Recuerdo bien aquella vez; era a fin de año, cuando dabas tu última clase a las alumnas y yo vine a buscarte. Estabas aquel día muy hermosa: tus ojos chispeantes estaban llenos de vida, y caminabas alegre como una colegiala.

Hacía un tiempo que quería hacerte una pregunta pero muchas veces me contuve, porque temía la respuesta; mas esta vez, algo contagiado de tu alegría, afronté el instante largamente esperado y al doblar un recodo del camino de un parque lleno de sombras, te pregunté encendido si me amabas. La respuesta se hizo esperar, y yo comprendí en seguida con dolor cuál sería tu respuesta. Pero fuiste buena; no quisiste cortarme las alas y me diste vagas esperanzas. Tal vez, algún día... Todavía no estoy enamorada... Entonces reaccionando, acerté a decirte: Haré que usted me quiera.

Aquel anochecer me pareció hermoso; y aunque el parque estaba lleno de parejas y de ilusiones, me pareció que nosotros estábamos solos. Fué casi un día feliz.

Cuando salía de la oficina iba rápidamente a casa; cenaba y en seguida me iba a los libros: estudiaba; quería saber y progresar. Deseaba ser algo; destacarme y poder ofrecerte un vivir si no lujoso, al menos holgado.

Tú me ayudabas y me aconsejabas. Veías con agrado mi esfuerzo y esto me alentaba más. Y así, a medida que el tiempo transcurría, fué naciendo en tí ese amor, producto de la mutua comprensión. Ese afecto puro que hermanaba las almas y al mismo tiempo esa pasión egoísta que hace que el ser amado sea lo imprescindible; hasta que llegó un día en que tuve la certeza de que eras mía; que todo tu amor me pertenecía.

Esta felicidad no duró mucho. Parece que estuve predestinado a ser desgraciado; y eso lo iba notando durante el desarrollo de mi vida, al abandonar la pubertad para entrar en la adolescencia. Pero nunca se hizo más grande, más segura que cuando acarició por primera vez tus cabellos...

Sí, una tarde me esperastes como de costumbre en el mismo lugar, pero yo no llegaba. ¿Cuántas cosas habrás pensado, cuántas ideas absurdas habrán tomado forma en tu adorable cabecita?

La noche iba cayendo y yo no llegaba, hasta que, cansada de esperar y un poco malhumorada te fuiste.

Pero qué. Al salir de la oficina y cruzar la calle, un camión con pesados fardos no me dió tiempo a escapar y me derribó como a un muñeco.

Cuando recobré el conocimiento estaba en un hospital.

Sentí unos dolores insoportables, y cuando quería tocarme las piernas, no me dejaban; pero me entretenían con palabras que para mí no tenían sentido.

El color blanco de la sala donde me asistía y la blancura casi nívea de las camas, me chocaba; y aunque no gritaba de dolor, lloraba como un desconsolado. Lloraba porque te sabía perdida para siempre. Llorraba porque el destino había roto el hilo que unía nuestras almas.

Cuantas veces me visitaste noté que cuando te acercabas a mí, palidecías. — Yo sabía porqué. — Y cuando me dabas tu beso de despedida, ya no era aquel cálido beso de amor que avivaba mi espíritu; sino que tu beso me parecía una limosna, y tu cara entristecida por verme sufrir me ponías cuando tú te ibas, en un estado nervioso que duraba largo rato.

Mi dolor era un suplicio inacabable; pero todo acaba y mi sufrimiento físico también llegó a su término. Me fuí, dejando mis dos piernas en el hospital...

Después, en el invierno venías a leerme largos romances; yo oía, pero mi pensamiento no estaba en los libros que tú me leías sino en tí misma; en el ser que tenía a mi lado, y que estaba ahora tan lejos de mí.

A veces jugaba partidas de ajedrez con Ricardo, mientras tú preparabas el té; y al mismo tiempo pensaba que tu y él formarían una excelente pareja. Era un buen muchacho, buen mozo; tenía ojos azules y expresivos... Pero temía herir tu amor propio hablándote de ello.

Una vez, cuando el perfume de las flores embalsamaba los jardines y una suave brisa de primavera penetraba hasta mi cuarto, sentada junto a mí y como en actitud de súplica me dijiste. —¿Nos casaremos cuando llegue el estío? —No respondí: Un nudo se me hizo en la garganta y sólo atiné a mirarte casi furiosamente.

Cuando saliste de mi cuarto, volvía a lo que largamente había meditado, y me propuse llevarlo a la acción.

Jamás iba a permitir que arruinaras tu vida con un inútil sin remedio; además, tu amor había dejado ya de ser amor para convertirse en compasión. Era una compasión con mezcla de ternura, pero nunca amor, como el que ambos sentimos en un tiempo.

Y más aún, no podía resignarme jamás a casarme contigo, y soportar las visitas casi diarias de mi fiel amigo. Yo sé que después sentiría celos hasta de las paredes: ¿y qué sucedería el día que arrastrándome por el suelo como un reptil, hasta el cuarto contiguo, los encontrara a tí y a él en adúltero coloquio?

¿Quién tendría la culpa de la infamia? ¿Yo? ¿Tú ¿O é?

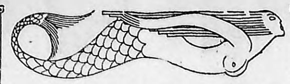
Por eso; porque te amo tanto, te tomado esta resolución, la más justa a mi manera de ver, porque no es la de un ciego. Quiero que seas muy feliz.

Adiós".

Por IDEL MARA

ILUSTRACION DE

La Danza de la Sombra



ELLA se repite el nombre que acaba de leer en el tarjetero: Berta Brand... Berta Brand... ¿Pero, es posible? No recuerda más que su mirada negra, repentina, siempre inesperada...

Berta Brand... Si la viera, ¿la reconocería? La había visto un par de veces a lo sumo, al pasar, sin detenerse jamás. Y recordaba tan sólo eso: los ojos dominadores, invencibles. Tal vez, que se pintaba excesivamente, con cielos tumbados de "rimel" azul en los párpados abovedados que oponían una lejanía...

Berta, Berta Brand... En el mismo hotel serrano, las dos solas, las dos libres, arrancando por igual de un mismo pasado y de un mismo nombre: Mauricio Balbi.

María se repite con fermentada voluptuosidad los dos nombres y los mezcla, los revuelca, los aprieta entre los labios silenciosos... Berta, Mauricio... sí, así bien mordidos y despedazados: Berta, Mauricio... Los masca con rencor, con desconfianza. Y sin embargo, se sabe libre, totalmente desligada desde su viudez reciente, a todo ese pasado, ajena casi, y esos dos nombres, sobre todo el del marido, le suenan casi a leyenda...

Eso piensa, pero sin sentirlo... Se siente ligada, encadenada, no ya al hombre muerto, sino a su nombre, a la huella desgarrada, pero atrozmente viviente de veinte años de convivencia. Ahora, ella ya no es joven y su ser esencial, su capacidad de vida, ya que es irremediablemente tarde hablar de vocación de vida, están plasmados, fogueados y remachados sobre esos veinte años de existencia en común.

Vuelve al punto de partida, sola, libre, pero su libertad ya no tiene veinticinco años como entonces. Así está con el pelo entrecano, las comisuras raídas, la mirada fracasada... ¿Cómo estará Berta Brand? ¿Qué balance vital habrá cerrado la juventud temeraria de Berta, ella que había tenido el coraje de rebelarse a Mauricio Balbi para realizar su vida, o su libertad, o su hastío humano? ¿Desde qué enfoque podría contemplarla María, con la sombra, nada más que la sombra de Mauricio entre las dos, sonámbulas de un mismo pasado?

Una impaciencia repentina desgasta los nervios de la viuda. La expectativa por ver a su predecesora, que tendrá más o menos su edad y que supo ser tan hermosa e implacablemente rebelde, la sofoca. Su mirada se pierde ante el retrato de Mauricio sobre la pequeña mesa. Y una calma fría, opaca, sucede a la nerviosidad de minutos antes. Siente, de golpe, la avalancha de ese pasado, de su vida conyugal de veinte años, sostenida día por día y hora por hora al lado de ese hombre. ¿Ella amó alguna vez a Mauricio? Tal vez al conocerlo, divorciado, en plenitud de treinta y cinco años, simpático, algo altanero. Recuerda que la primera impresión fué de intimación, de prepotencia, de jerarquía... Un deseo voraz asaltó a Balbi por esa mujercita de carnes húmedas, sin mañas, sin fraudes, que él llenaría de estupor...

Y ella recuerda las primeras noches del marido acelerado, inagotable. Recuerda su ausencia bajo la mirada desorbitada de Mauricio, sin sentir el despertar, que presentía fabuloso, de su naturaleza de mujer, de su juventud excitada por lecturas prohibidas. Luego, el deseo, la voluntad, la imposición a sí misma de tener un hijo.

Nada. Años de espera inútil y de conatos dolorosos. Nada. Entonces, de nuevo el retorno absoluto al marido, solos, los dos siempre solos, a toda hora, apretados y descarnados en una soledad pavorosa, sin reacciones por parte de ella, él presionándola sin tregua, en mezclada tensión de celos, de vanidad y de despotismo. Y esa hermosa, caudalosa vida de mujer se fué contrayendo, agrisando, año tras año, episodio tras episodio, perdiendo inquietud e impaciencia...

Ahora es rica, libre y con cuarenta y cinco años... Pero siente, desgarrada y tardíamente, la estafa brutal que acaba de hacerle la vida.

★

El mismo maquillaje intenso, pero las comisuras tan raídas como las suyas. La verificación, a simple vista, rebota en el alma de María, que se aferra con alegría repentina al recuerdo de Balbi...

Pero a medida que Berta Brand habla con esa precipitación que nada ha cedido, la ve arder, íntegra, en los ojos invasores, invencibles. Tal vez se le dé la misma edad que a María. Tampoco los años pasan menos certeros para los que han sabido quemarse.

—¿Es todo? Balbucea María, tímida, con pudor casi, como si se sintiera contenida por la presencia de Balbi.

Berta la marca con su insolencia.

—¿Qué importa el tiempo?

Se vuelven y se agazapan en sus reservas... Berta fuma sin fruición, con vicio. La viuda mira con inconsciencia el humo que las separa.

—¿Pero, cómo pudo usted vencer todos los prejuicios?

—Yo tenía mi derecho de vivir, como lo tiene usted y lo tienen todas las mujeres.

La boca de Berta Brand parece contraerse. Sus ojos lanzan una chispa de maldición para todo lo que es cobarde y que debe ser destruído. Y la mujer cobarde que tiene en frente la irrita, la enerva, la retuerce.

—A veces, hay una conciencia, Berta.

—¿Conciencia? La conciencia brama cuando no ha sido puesta a prueba. Pero póngase de cara frente a la vida, desafíela, mismo provóquela y verá que su conciencia deja de existir al primer contacto fuerte.

Tira la ceniza en un platillo de cobre.

—Venga, subamos a mi cuarto.

María vacila en seguirla. Su sombra, el fantasma de Mauricio, la sigue en una ronda frenética... La siente como si se le anillara en torno de su silencio, de su cobardía o de su escrúpulo. Cada vez que ella va a resolver algo por sí sola, la sombra gris y helada cobra cuerpo de presencia y de voluntad y desbarata la voluntad sobreviviente de la viudad. Es una danza de resonancia que la sombra hace vibrar sin tregua, sin dilación como en la vida misma de Mauricio Balbi.

—¿No quiere subir? ¿O me tiene miedo?

La sonrisa de Berta Brand se hace de filo, de una ironía hiriente. Suben, sin hablar, la pequeña escalera de madera, la viuda preguntándose porqué sube, sabiendo que con ello salpica la memoria de Balbi, Berta extrañada de ver a su lado semejante desconocida, con la desolación de tener que buscar palabras que no convencerán y que ella misma, en su interior tortuoso, trata de que no convenzan. ¿No opina que los cobardes sobran en la vida?

La pieza blanca es una pieza blanca de hotel. María observa con disimulo, que es fondo inviolable de la discreción contaminada por el marido y que debilitó su curiosidad para siempre. Apenas si la atrae algo el kimono de seda roja y negra, salpicado de ibis bordados en todos los tonos. Y piensa de la misma manera que hubiera pensado Balbi ante la prenda estupenda: "Ya, un recurso de cocotte".

Berta prende otro cigarrillo, le ofrece uno a María que no acepta, aunque le gustaría echar, por primera vez en su vida, unas nubes de humo por la boca.

—Yo quise mucho a Mauricio.

La viuda siente frío, rencor, celos retrospectivos. Le vuelve el tormento de las primeras semanas de casada: "¿Mauricio piensa a menudo en su primera mujer?

¿Cuál de los dos deseó primero la separación? ¿Su segundo matrimonio no habrá sido un cálculo, un razonamiento de amor desesperado, disparado contra Berta?

—Pero él, sin saberlo, terminó con todo.

A Berta Brand no se le ocurre el interrogante que a María. La ve allí, hundida en el sillón de mimbre, fina, desgastada como una piedra. Tampoco se le ocurre pensar que esa mujer ha tenido veinticinco años urgentes y exuberantes como los suyos.

—Quiso desde el primer momento anularme, aplastarme.

María parpadea, pero no contesta.

—Mauricio cuidó, sobre todas las cosas, la opinión de los demás. Usted no me negará que era celoso, desconfiado y, más que todo eso, con un temor al ridículo que ya era el pánico.

La viuda tiene que asentir. Y asiente en la tregua que, inesperadamente, le brinda su sombra, su fantasma.

—Quiso imponerme cincuenta mil ridiculeces, no solamente estableciendo un horario estricto, si no hasta la imposición de sus ideas, que no podían ser más cerradas.

María suspira, piensa: "Y de sus manías".

—Traté de convencerlo, de vencerlo por la ternura voluptuosa. Era tan sensual... Resistimos hasta que duró el halago de los sentidos.

—Ah...

La viuda mira la sierra, espectral contra el horizonte blanco de calor. La estremecen algunas palabras raídas: "Era tan sensual... El halago de los sentidos.."

—No pude resistir más. Preferí el escándalo. Yo era joven, desbordante, con un derecho de vivir, como ya se lo dije antes. No me arrepiento de lo que hice. Es cierto que pasé momentos muy duros: la soledad de los primeros meses, el abandono de los míos, tener que trabajar... Pero más tarde...

Aquí estalla y culmina la vida, la pasión y el coraje de Berta Brand.

—Cinco años, no fueron más que cinco años... ¿Se da cuenta?

—Cinco años...

Cómo relampaguean, invasores e invencibles como nunca, los ojos de Berta Brand... La viuda palidece, algo se estrangula en la última napa de su ser.

—Yo fuí mujer plena, total en los brazos de Pedro Curts... Cinco años, tan sólo, la locura, el amor, el amor...

María siente pasar a través de esas palabras el prodigio de la vida misma. Escucha humillada, pero su cuerpo hecho un arco de tensión fogosa, que sostiene porque no se ha dado cuenta de su apostasía a la sombra. .

—Arder hasta quemar y quemarse... No importa lo que ha de curar. No se tiene tiempo para pensar en nada. La vida es hermosa y no tiene importancia que sea buena o mala...

—¿Y ahora? — pregunta María con angustia, con envidia, casi con odio.

—Ahora se recuerda. Nunca estoy sola... Ese cuarto de hora de mi pasión vale una vida de cien años. Ahora, dice usted... No me importa morir ahora. Mientras viva, la intensidad vivida me sigue sosteniendo... No se vuelven a tener treinta años.

Una congoja repentina inunda el alma de la que escucha, vence a la sombra, paraliza la ronda... Y no se contiene: llora sobre sus manos vacías, flacas, amarillentas de usurera de la vida, delante de la mujer superada.

Berta Brand la mira y se reprocha tanto caudal de pasado ante esa vencida que empieza a ser vieja. Su felicidad vivida, transfigurada en un gozar inconsciente de todo lo que es vivo, animado, palpitando, se concentra para dar la desolación de una piedad en retardo.

—Todavía es usted joven. Tómese el pulso e intente algo. Destruya el pasado sin lástima. Empiece esta noche a mirarse en el espejo con más detención...

La viuda calla, se repliega. Un relámpago de rebelión la levanta en la reacción de su orgullo. Ella no necesita el consejo de esa mujer que recibió las mismas caricias de Balbi. Y una oleada de ese mismo orgullo la falsifica y la limita en el ridículo:

—No tengo su temperamento. Mis inquietudes han sido siempre de orden espiritual.

Siente que sus palabras son falsas, apagadas, sin resorte vital. Pero las sostiene e intenta impulsarlas como si delante de ella, mirándola, estuviera Mauricio Balbi...

—Hay personas insaciables: usted. Las hay menos exigentes: yo, Por eso he podido hacer algo más feliz a Mauricio que usted.

Se levanta, ahogada. Le es imposible sostener la mirada burlona, algo canallesca de Berta Brand Se va, sin un apretón de manos, tan sólo con una inclinación de cabeza



Dos mujeres de destino enemigo, por fin se encuentran, unidas por el recuerdo del hombre que quisieron las dos

POR SARA DE ETCHEVERTS

ILUSTRACION DE GUIDA



El Teólogo

LOS ángeles me comunicaron que cuando falleció Melanchton, le fué suministrada en el otro mundo una casa ilusoriamente igual a la que había tenido en la tierra. (A casi todos los recién venidos a la eternidad les sucede lo mismo y por eso creen que no han muerto). Los objetos domésticos eran iguales: la mesa, el escritorio con sus cajones, la biblioteca. En cuanto Melanchton se despertó en ese domicilio, reanudó sus tareas literarias como si no fuera un cadáver y escribió durante unos días sobre la justificación por la fe. Como era su costumbre, no dijo una palabra sobre la caridad. Los ángeles notaron esa omisión y mandaron personas a interrogarlo. Melanchton les dijo: "He demostrado irrefutablemente que el alma puede prescindir de la caridad y que para ingresar en el cielo basta la fe". Esas cosas las decía con soberbia y no sabía que ya estaba muerto y que su lugar no era el cielo. Cuando los ángeles oyeron ese discurso lo abandonaron.

A las pocas semanas, los muebles empezaron a afantasmarse hasta ser invisibles, salvo el sillón, la mesa, las hojas de papel y el tintero. Además, las paredes del aposento se mancharon de cal y el piso de un barniz amarillo. Su misma ropa ya era mucho más ordinaria. Seguía, sin embargo, escribiendo, pero como persistía en la negación de la caridad, lo trasladaron a un taller subterráneo, donde había otros teólogos como él. Ahí estuvo unos días encarcelado y empezó a dudar de su tesis y le permitieron volver. Su ropa era de cuero sin curtir, pero trató de imaginarse que lo anterior había sido una mera alucinación y continuó elevando la fe y denigrando la caridad. Un atardecer sintió frío. Entonces recorrió la casa y comprobó que los demás aposentos ya no correspondían a los de su habitación en la tierra. Alguno estaba repleto de instrumentos desconocidos; otro se había achicado tanto que era imposible entrar; otra no había cambiado, pero sus ventanas y puertas daban a grandes médanos. La pieza del fondo estaba llena de personas que lo adoraban y que le repetían que ningún teólogo era tan sapiente como él. Esa adoración le agradó, pero como alguna de esas personas no tenía cara y otros parecían muertos, acabó por aborrecerlos y desconfiar. Entonces determinó escribir un elogio de la caridad, pero las páginas escritas hoy aparecían mañana borradas. Eso le aconteció porque las componía sin convicción.

Recibía muchas visitas de gente recién muerta, pero sentía vergüenza de mostrarse en un alojamiento tan sórdido. Para hacerles creer que estaba en el cielo, se arregló con un brujo de los de la pieza del fondo, y éste los engañaba con simulacros de esplendor y serenidad. Apenas las visitas se retiraban, reaparecían la pobreza y la cal, y a veces un poco antes.

Las últimas noticias de Melanchton dicen que el mago y uno de los hombres sin cara lo llevaron hacia los médanos y que ahora es como un sirviente de los demonios.

Lo anterior (que el curioso lector puede comparar con el cuento "El hallazgo de lo absoluto", de May Sinclair), es obra de Manuel Swedenborg, eminente ingeniero y hombre de ciencia, que durante 27 años estuvo en comercio lúcido y familiar con el otro mundo.

2 Que Soñaron

EL historiador arábigo El Ixaqui refiere este suceso:

"Cuentan los hombres dignos de fe (pero sólo Alá es omnisciente y poderoso y misericordioso y no duerme), que hubo en El Cairo un hombre poseedor de riquezas, pero tan magnánimo y liberal que todas las perdió menos la casa de su padre, y que se vió forzado a trabajar para ganarse el pan. Trabajó tanto que el sueño lo rindió una noche debajo de una higuera de su jardín y vió en el sueño un hombre empapado que se sacó de la boca una moneda de oro y le dijo: *Tu fortuna está en Persia, en Isfaján: vete a buscarla.* A la madrugada siguiente se despertó y emprendió el largo viaje y afrontó los peligros de los desiertos, de las naves, de los piratas, de los idólatras, de los ríos, de las fieras y de los hombres. Llegó al fin a Isfaján, pero en el recinto de esa ciudad lo sorprendió la noche y se tendió a dormir en el patio de una mezquita. Había, junto a la mezquita, una casa y por el decreto de Dios Todopoderoso, una pandilla de ladrones atravesó la mezquita y se metió en la casa, y las personas que dormían se despertaron con el estruendo de la entrada de los ladrones y pidieron socorro. Los vecinos también gritaron, hasta que el capitán de los serenos de aquel distrito acudió con sus hombres y los bandoleros huyeron por la azotea. El capitán hizo registrar la mezquita y en ella dieron con el hombre de El Cairo y le menudearon tales azotes con varas de bambú que estuvo cerca de la muerte. A los dos días recobró el sentido en la cárcel. El capitán lo mandó buscar y le dijo: "¿Quién eres y cuál es tu patria?" El otro declaró: "Soy de la ciudad famosa de El Cairo y mi nombre es Mohamed El Magrabi". El capitán le preguntó: "¿Qué te trajo a Persia?" El otro optó por la verdad y le dijo: "Un hombre me ordenó en un sueño que viniera a Isfaján, porque ahí estaba mi fortuna. Ya estoy en Isfaján y veo que esa fortuna que prometió deben ser los azotes que tan generosamente me diste".

Ante semejantes palabras, el capitán se rió hasta descubrir las muelas del juicio y acabó por decirle: "Hombre desatinado y crédulo, tres veces he soñado con una casa en la ciudad de El Cairo, en cuyo fondo hay un jardín, y en el jardín un reloj de sol y después del reloj de sol una higuera y luego de la higuera una fuente, y bajo la fuente un tesoro. No he dado el menor crédito a esa mentira. Tú, sin embargo, engendro de una mula con un demonio, has ido errando de ciudad en ciudad, bajo la sola fe de tu sueño. Que no te vuelva a ver en Isfaján. Toma estas monedas y vete".

El hombre las tomó y regresó a la patria. Debajo de la fuente de su jardín (que era la del sueño del capitán) desenterró el tesoro. Así Dios le dió bendición y lo recompensó y exaltó. Dios es el Generoso, el Oculto".



ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

La Sensibilidad de Villa Castañeta



POR

ENRIQUE SHUMAJER

Ilustración de

JUAN SORAZABAL

CUANDO el distinguido literato penetró en aquella sala de aquel teatro de Villa Castañeta, donde se debía estrenar su tragedia plástica, "Sursum Corda", y vió las dimensiones del local, sufrió la primera desilusión de su carrera artística.

En efecto, aquello, por más buena voluntad que se colocase, estaba muy lejos de ser un teatro.

El distinguido literato notó, en primer lugar, que el local carecía de fonética. Luego, notó que carecía de cazuela y de paraiso. Finalmente, de respiradores. El piso era de baldosa colorada y las sillas estaban clavadas entre sí, sólidamente, mediante una doble alfajía que metía miedo. A medida que se acomodaba a la escasa luz de la sala, el distinguido literato iba descubriendo, naturalmente, que carecía de cosas más importantes todavía. Por ejemplo, le faltaba un pedazo de techo que había sido cubierto con una alfombra, y, sobre la pared lateral derecha faltaba, asimismo, la puerta de una abertura que comunicara descaradamente con una cantina inmediata en la cual una serie de tipos patibularios jugaban ruidosamente a la murra.

Después de examinar el salón, el distinguido literato pasó al escenario. Nunca había visto él un tinglado tan sintético. Tenía, a lo sumo, tres metros de embocadura por dos y medio de fondo. Para correr o descorrer el telón, que rotaba como una cortina de fiambrera, el maquinista, posteriormente, se veía compelido a mostrarse en público, cogiendo y empujando el lienzo a fuerza de muñeca, en virtud de que se había roto la piolita que primitivamente oficiaba de aparejo. Los camarines se encontraban en el sótano y las tablas del proscenio se hallaban tan separadas unas de otras que algunos comparsas, después, aprovechando el calor de la representación, se entretenían palpitándole la anatomía a las actrices.

La concha del apuntador no se diferenciaba singularmente del suplicio de Tántalo.

Una sola herse con tres lamparitas de 16 bujías constituía todo el equipo eléctrico. Con el agravante de que la usina de Villa Castañeta, por razones de economía, suministraba al pueblo una luz sucia y moribunda que según el comentario de los vecinos "hacía venir la tiricia".

Como el distinguido literato, para el éxito de su tragedia plástica, confiaba fundamentalmente en el juego de luces, al certificar el fenómeno raquítico del espectro local, se puso blanco como una calavera.

Bajó de nuevo al salón, sin hablar con nadie, y tomó asiento en una silla, adoptando, inconscientemente, la postura de un condenado a muerte.

De repente, el empresario, en mangas de camisa, atravesó el pasillo y se dirigió al pie de las baterías, donde se hallaba un aparato extraño, en el cual, a través de una ranura, introdujo una moneda. El aparato comenzó a rechinar, entonces, tumultuosamente, como si durante muchos años hubiese permanecido desvinculado de toda manifestación dinámica. Tuvo que transcurrir un rato largo para que el distinguido literato advirtiese de que se trataba de un órgano eléctrico. Luego de otro rato más largo aun pudo percibir la pieza que se tocaba. Era, a todas vistas, la Marcha de Garibaldi. Todos los instrumentos ventosos de que estaba integrado el órgano fallaban lamentablemente. Sólo el bombo y los platillos conservaban su prístina sonoridad. De manera, que en lugar de una catanga, compulsada a electricidad, parecía una orquesta de remate, impelida a sangre.

Fué empezar a desafinar el órgano, no obstante, y a penetrar gente en el salón, con una simultaneidad pasmosa.

En poco tiempo se llenó totalmente la sala.

El público que acudía no tenía, a decir verdad, nada que envidiarle al órgano y a la luz eléctrica. Como Villa Castañeta era una región campesina, la gente de allí, no olía, consecuentemente, a ciudad, sino a campo. El que más, el que menos, llegaba al salón, instantes después de haber ordeñado una vaca o de haber batido una tinaja de rebasillo para calmar la gula de los chanchos. De suerte que, con el público, penetró en la sala todo el perfume vigoroso y selvático que caracteriza a la flora y a la fauna de las zonas campestres. Pero, esto no era lo peor. Lo peor era, que como toda aquella gente vivía muy lejos del local y la función estaba anunciada para las ocho y media de la noche, cada uno por su cuenta y todos en general, a fin de no perder detalle del espectáculo, se llevó allí la comida, quizás, también, en parte, con el propósito de aprovechar debidamente la pausa de los intervalos.

Algunos traían fainá y pasta frola, solamente. Otros, en cambio, se venían resueltamente con salamines y latas de sardinas. Otros, por fin, con paquetones en los cuales se había acondicionado de todo un poco, aceitunas, incluso. Y lo más doloroso fué que todos, tácitamente, con la mayor prudencia, dejaron que se apagaran las luces y diese principio a la función para iniciar la cena.

Al cabo, apareció en el palco escénico, el presidente de la Sociedad Protectora de Animales de Villa Castañeta, que auspiciaba el espectáculo y anunció el motivo de la reunión. Hizo un resumen somero de los vicios y calamidades que afligían a los habitantes del pueblo, y terminó pidiendo encarecidamente a las madres que conducían criaturas de pecho que no las dejaran expresar sus pensamientos en voz alta mientras se representaba la tragedia. Pidió asimismo, que no se fumara adentro del local, y a un italiano que le aplicaba ventosa tras ventosa, entusiastamente, a una tremenda tagarnina, lo conminó seriamente a que la apagase.

Atrás del proscenio, seguidamente, un hombre comenzó a machacar una cacerola, y apareció entonces el maquinista, descorriendo, atropelladamente, el telón en la forma ya indicada.

El murmullo que reinaba antes de izarse la tela, luego, lejos de apaciguarse, se dijera que se acrecentó. Algunos comentaban en voz baja los desaciertos de la obra. Otros, hablaban en voz alta de cuestiones ajenas al espectáculo, tomando como tema central los asuntos de familia. Había muchos que daban la impresión de haberse contenido a plena luz para poderlo hacer a sus anchas no bien se apagase la iluminación de la sala.

De rato en rato, y mientras la tragedia se desenvolvía, se oía caer sobre el piso un carozo de aceituna o una lata de sardina, ya vacía. O se oía el crujido de un papel grueso que alguien estrujaba antes de arrojar, hecho una pelotilla, en cualquier rincón.

Vuelta a vuelta, también, llegaba el eco de los hombres que jugaban a la murra en la cantina inmediata, cuyos gritos se conectaban con los del proscenio tan eficazmente que, a menudo, parecían formar parte de la misma obra.

Los actores, en su mayoría aficionados, se mostraban sumamente nerviosos, al extremo de que trasponían las escenas o invertían el original. El apuntador, merced al calor de la temperatura, conjugado con el vapor campestre que emitía la concurrencia, embutido en su casilla como una langosta, sudaba y resudaba, al punto que, a veces, suspendía la lectura del libreto para reclamar un vaso de agua. Siempre que ocurría esto, el protagonista, que era el más avispado del cuadro, creyendo que se trataba de una corrección que se había introducido en el texto a última hora, repetía como él:

¡Agua, que me ahogo!

La nerviosidad de la primera actriz llegó a ser tan grande que en una ocasión oprimió una ventana de papel con tal fuerza que la ventana se vino al suelo. El grueso del plantel escénico desbarraba cada vez con más frecuencia. No sólo olvidaba sistemáticamente la letra, sino que hasta olvidaba que la tragedia estaba escrita en un castellano depuradísimo, con "íais", "habíais" y "teníais", y siempre que se le atrabancaba algo, salía del paso con una morcilla tipo "salí de ahí" o "quelevachaché". Toda vez que el título de la obra se atravesaba en el curso de la pieza, ocurría el mismo accidente que le ocurrió al presidente de la Sociedad Protectora de Animales, quien, en vez de decir "Sursum Corda", dijo, muy fresco de cuerpo, "Sursum Gorda". Además, el que hacía de traidor, tenía una dicción tan defectuosa que pronunciaba "manana" por "banana", y "laranja" por "naranja". Bien es cierto que la dama joven, que nunca había ido a la escuela, le mataba el punto al traidor, llegando a confundir a Shakespeare con "Chaquespeare", y a Shienkievitz con "Ciengüisqui. También confundía el "nudo gordiano" con el "nudo Giordano" y el "crematorio" con el "crefundeo".

Cuando ya iba a terminar el primer acto, sin pena y sin gloria, sucedió, sin embargo, un hecho sensible, que modificó fundamentalmente el desenlace. Se quemó la única herse de que se disponía y el escenario quedó repentinamente a obscuras. Entonces, en vez de presentarse el traidor que debía rematar el acto, se presentó el maquinista, quien con la mayor naturalidad dijo:

—¡Qué yeta! ¡Se nos quemó la herse! ¡Tengan paciencia!

El distinguido literato, más muerto que vivo, seguía atentamente desde una silla, en primera fila, el asesinato de su tragedia plástica. Por momentos, esperaba una reacción del cuadro, por momentos una reacción del público. Mas ni lo uno ni lo otro se producía. Una vez que vió fracasar ampliamente el primer acto, colocó toda su fe paternal en el segundo.

Pero, el segundo fué una segunda edición, corregida y aumentada, del primero. Gracias a que el público había agotado ya sus provisiones, al verse exento de toda distracción y condenado, por lo tanto, a soportar integralmente el texto de la tragedia, comenzó de lleno a demostrar su descontento. Uno tosía. Atrás, tosía otro. En seguida, otro más, hasta que la tos se generalizaba y era materialmente imposible saber entonces lo que pasaba en el escenario. Para peor, la cantina, que iba recibiendo el aporte de los desertores de la sala, se abarrotó completó completamente, sumándose a la primer pareja que jugaba a la murra, otra más, y entablándose entre ambas una comptencia reñida y escandalosa que conspiraba contra la fonación del espectáculo. Mientras un campesino grandote, abriendo tamaña boca, de oreja a oreja, otro, de mayor formato, se removía en su asiento enérgicamente haciendo estremecer con él a toda la hilera por efecto de la doble alfajía. A raíz de esto se produjeron, entonces, infinidad de disputas entre los espectadores, algunas de ellas tan vivas e interesantes, que el público abandonaba momentáneamente el curso de la pieza para ocuparse estrictamente de lo que acaecía en la platea.

En este acto, hay que advertir, había una nota altamente poética que se malogró por una falla imperdonable del atrecista. El escenario representaba un bosque a la hora del crepúsculo, por cuyo fondo pasaba tristemente, al fin, una caravana de cebras. Pero, sucedió que, a último momento, no fué posible conseguir las cebras y se colocó, en su sitio, en cambio, una caravana de burros. El desfile se hizo con tal precipitación, además, que ni siquiera hubo tiempo de pintarles a los suplentes la consabida camiseta.

Cuando el maquinista corrió el telón, el público, deprimido, debilitado, tomó por asalto la cantina y renovó sus provisiones. Con los artículos de comer, fueron trasladados al salón, luego, sifones de soda y botellas de chinchibirra. La comilona del tercer acto fué, a Dios gracias, lo más saliente de la tragedia. El público comía con rabia y no se limitaba en sus conversaciones. Deglutía y criticaba con apetito y ensañamiento. Al principio, es bueno saberlo, se trataba de achatar la voz. Ahora, por el contrario, se le buscaba los registros más fuertes.

—¿Ha visto? — le gritaba un espectador a otro, mientras se realizaba una escena particularmente dramática —. ¡Yo le dije que iba a ser una macana!

—¡Che, pedazo de Sursum Gorda! — chillaba un segundo, queriéndose apuntar un chiste estúpido con un tercero — ¡Pasame el Ciengüisqui que tengo el "crefundeo" seco!

Los errores del último acto fueron aumentando progresivamente hasta culminar en el epílogo que corría a cargo de la madre del protagonista. Sucedió que la característica en el momento más culminante de la acción, se llevó una mano sobre el cabello, tratando de imitar a la Lida Borelli, con tan mala fortuna que se le cayó la peluca al suelo.

Aquí no paró la cosa, sin embargo. Al empresario, notando que el público se dormía y que el que estaba despierto protestaba, a fin de que todo terminara bien como en el cinematógrafo, se le ocurrió introducir otra moneda en el órgano eléctrico antes de que terminara la tragedia.

Fué así como "Sursum Corda" finalizó con los acordes de la Marcha de Garibaldi, que era, al parecer, la única pieza con que contaba la catanga eléctrica.

Lo que se vió en Villa Castañeta aquella noche, finalmente, fué algo que sólo se ve en las canchas de football: el distinguido literato, autor de la obra, tuvo que abandonar el recinto custodiado por el comisario y dos vigilantes como si hubiese sido un pobre referee profesional, y el cuadro escénico por un piquete de bomberos voluntarios, armados de máuser, con la bayoneta calada...

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*

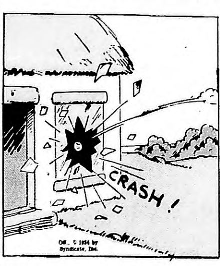








¿QUIEN ROMPIO EL VIDRIO?









EL MANIQUI VIVIENTE









UN AGREGADO NECESARIO









RUMBO AL LEJANO SUR

por Venancio Montiel



Cuarta y Quinta Etapa

NAVEGAMOS hacia el Estrecho de Magallanes. Lo enfrentaremos a media noche del 13.

Amanece templado. ¿En qué zona del Atlántico nos espera el frío? Mejor así, porque las niñas pueden tomar baños de sol en cubierta. Y con toda naturalidad. Arreglándose las uñas, fumando las que poseen el vicio, y una, hasta depilándose frente a un espejito de mango.

—El que no quiera mirar, que no mire.

Por la cubierta van a paso "vivo" grupos de turistas. Cinco vueltas un kilómetro, así dicen unas chapas de bronce escritas en tres idiomas: Castellano, Alemán y Portugués. Una señorita porteña da todas las mañanas 25 vueltas. La línea... la línea. ¡Qué horror!... Así y todo aumenta de peso. Insista, gordita, que la estilización cuesta sacrificios.

El barco tiene unos quince escritorios. Nunca encuentro uno vacío. Tengo que escribir sobre las rodillas. Una mañana madrugué para lograr uno. Lo conseguí, pero a la media hora se me sentaron al lado dos señoras. Quería hilvanar algo; no pude. "Cállanse, cotorras". "¿Qué me importa a mí, dónde se venden tapaditos baratos para niños?..."

Les pongo plazo para que se agoten. Antes se agotaría el Atlántico.

Puede que en popa, o en la punta de uno de los palos.

Ilusiones. Voy en busca del peor lugar del barco. En proa no debe haber nadie por que sopla fuerte el viento. ¡Por fin!...

Se me acerca un gordo con una pipa en la boca.

—¿Tiene un fósforo, señor?

—Sí, señor, sí. Sírvase y de nada.

Prende uno, dos, cinco. El viento le juega una broma y a mí me vacía la caja.

—¡Qué viento!...

—No es nada, señor; insista.

Gordo chambón, me gastó diez fósforos, y anoté en mi haber: Me debe cinco centavos el gordo de la pipa.

Y no se va.

—¿Escribiendo?

—Sí, señor: el testamento, por si naufragamos.

Se me fueron las ganas de escribir. ¿Qué hacer? Dar vueltas. Mirar el mar. No se ve nada. Aguas verdes y cielo azul. Ah, pero... en la noche sí. ¿Qué es aquella luz? ¿Baliza, barco? Se mueve; avanza.

"Barco a la vista". La cubierta se puebla de curiosos.

¿Transatlántico, petrolero?... Ruta poco transitada, debe ser un barco de carga.

Se acercan los colosos. Los pasajeros quieren asistir al encuentro, porque es de noche y se producirá en alta mar. No pasó lo mismo con aquel barquito que encontramos la tarde del día que dejamos Montevideo.

¿Quién flota? Aquí Monte Pascoal, de la Hamburgo Sud Americana, con turistas de Buenos Aires. ¿Y allí? Contesta el otro barco. Y durante unos minutos conversan con luces. Una luz a propósito que todos los barcos llevan sobre el puente de comando.

¿Qué se dirán? Nombre, puerto de matrícula, bandera, rumbo, tiempo encontrado.

Se cruzan. Son dos ramos de luces que se unen con calles de haces luminosas.

Vidas en los dos. Adiós, barco X. Mueran para tí los vientos; duerman los huracanes hasta que llegues a puerto.

Una de la madrugada. En el salón de fiestas se baila. Llevo de la cintura valseando a una niña, cuando siento decir: "Hacia el Oeste se ven dos luces".

¿Qué hago con mi compañera, la dejo? No. Maestro, maestro; apure, termine el vals que se ven ya las luces del estrecho. Y otra vez a cubierta.

El faro argentino de Cabo Vírgenes y el chileno de Punta Dúngenes nos dicen con sus luces a destello que pronto llegaremos a la boca del estrecho de Magallanes.

¡Por fin el ansiado paso, que según decían los navegantes de antaño, llevaba a las Indias Orientales!...

Llegábamos a él, tirado por luces, guiados por cartas; brújulas-giróscopos; aparatos tan precisos que trazan calles en los océanos. Por eso la evocación de Magallanes cobraba relieves.

San Lúcar, 20 de setiembre de 1519; Cabo de las Once Mil Vírgenes, 31 de octubre de 1520. Cinco carabelas, su ciencia de cosmógrafo y 237 hombres.

Y se hizo a la mar piloteando la "Trinidad". Llegó sirviéndose del astrolabio, instrumento con el que se medía la altura de la culminación solar.

Portugués genial, muerto por la gloria de España: pisamos tus dominios.

Miremos un poco más, amigos turistas. Un minuto por Magallanes, otro por los que vinieron después de él.

Ladrillero; el capitán Rogers; Pedro Sarmiento de Gamboa... Y piratas famosos: Francis Drake; John Davis; el terrible holandés, Van Noort.

Marinos, traficantes, aventureros, ahora venimos nosotros, turistas, a gozar de las maravillas que descubristeis.

Paso a las 14.000 toneladas del Monte Pascoal. Entrábamos al Estrecho, más o menos a las 2 de la mañana del 14.

En el salón seguía el baile. ¡Han corrido muchos años, se puede olvidar!...

Un siglo borra a otro siglo. La evocación no se cotiza. Reinan el tango y la rumba.

Recién mañana veremos costas. Cuidado capitán Blauert, que tenemos que pasar dos angosturas. Al día siguiente supe que toda la noche se lo pasó en el puente de comando, atento a las indicaciones de los faros.

El 14, casi todos los pasajeros se levantan temprano. Quieren ver las costas del Estrecho. No se ve nada digno de relatar. Montañas bajas y áridas. Tenemos que esperar hasta las 9.30 para recién empezar a divisar Magallanes, la linda ciudad chilena de la costa meridional de la Patagonia, llamada hasta 1928, Punta Arenas.

Lindo espectáculo el de la ciudad más austral del mundo. Techos rojizos, circuida por prados verdes. Cae de unos cerros a una hermosa bahía.

Se iza la bandera chilena. Hay aplausos sinceros. Y las máquinas fotográficas empiezan a operar. Si éstas, al registrar absorbieran, Magallanes hubiera sido desmantelada. Llegan las autoridades chilenas en el "Intrépido" y empiezan los preparativos para el descenso. No hay apuro; permaneceremos en ella hasta las 12 de la noche. Como en Comodoro Rivadavia, descendemos en lanchas. Veamos la ciudad.

¡Oh, con razón su fama! Calles asfaltadas; muchas casas de zinc, pero también muchas mansiones. La plaza Muñoz Gamero, donde se levanta la estatua de Magallanes, llama la atención por lo cuidada. Y cómo se conoce que sus habitantes están habituados a recibir turistas. Trajimos al barco tantas contestaciones como piropos dejamos a los magallenses. Yo buscaba las tabernas que tanto llamaron la atención a Nordenskjold, pero eso era antes de que el genio y el oro yankee tajara Panamá.

Nos hizo de cicerone un chilenito de unos 12 ó 13 años, la mar de simpático. Todo nos hizo conocer. Las calles bullían de turistas. Bueno, chico; ya hemos vagado bastante, llévanos ahora al Museo Salesiano. Es enorme la obra que realiza en Magallanes la congregación de Don Bosco. En su museo está toda la región: Flora, fauna; magníficas y raras colecciones; reproducciones de tolderías onas y alacalufes, indios pobladores de la región.

Nos llamó la atención una canoa expuesta en una vitrina. En ella llegaron en abril de 1903 varios indios a las playas de Magallanes. Venían a reclamar de las autoridades chilenas un hijo que les fuera robado por unos loberos. Lo hallaron y volvieron a sus tolderías en una goleta que se hizo a las aguas con ese rumbo. La canoa les fué adquirida por el Notario Público, la que, andando el tiempo, se ganó un puesto en el museo.

Los alemanes van para el cementerio. ¿De dónde vienen los alemanes? Del cementerio. Vamos allá. Allí descansa, en una tumba sobria, el almirante alemán conde Spée, vencedor de los ingleses en el combate de Santa María, muerto después en el combate de Las Malvinas, el 8 de diciembre de 1914.

En los negocios, por un peso argentino nos daban seis cuarenta chilenos. La moneda está tan baja, que todo cuesta cientos de pesos. Temblamos en una confitería cuando tuvimos que pagar por varios completos, 25 pesos. Una postal, 4 pesos.

Tanto corrían los cientos y los miles, que se me antoja preguntar a nuestro cicerone:

—Díme, chico: ¿cuánto gana un agente aquí? Tuve una contestación estupenda. Por ella reímos toda la tarde.

—"¿Cuánto gana un carabinero acá, pregunta? Y.. asigún los presos que lleve".

Formidable. Y, en seguida no más, otra. Uno de mis compañeros comentó: Miren, los agentes aquí llevan varita como en Buenos Aires.

—"¿Varita?... No; ese es el palito de la ley".

¡Qué buena tarde nos hiciste pasar, chilenito!...

—"¿Quieren conocer a mi mamá?"

—Sí; vamos, llévanos.

—"Es ésa, ¿ven? Esa que está en la ventana. Adiós, mamá. Aquí ando con estos señores.

—¡Nunca te olvidaremos, pibe! Toma este dinero; te lo has ganado.

Cerca de Magallanes, en el río Minas, existen lavaderos de oro del gobierno. Muchos fueron a visitarlos. Un turista compró a uno de los concesionarios, por $ 25 m|n. un frasquito con pepitas. Desconociendo la legislación, lo mostró en plena calle a unos compañeros. De inmediato un agente de investigaciones, haciéndose conocer, se lo quitó en nombre de la ley. ¿A quién protestar? Caro le salió el paseo, amigo turista. Así cuida Chile el precioso metal.

Lo demás, como todas las ciudades: Tienda "El Progreso"; Almacén "La Paloma"; Hotel "Cosmos". En este hotel, cuatro personas pagamos por una cena 157 pesos. ¡Qué susto!... Ah, pero estamos en Chile.

A las 12 en punto, regresamos en la última lancha. El muelle lleno. Una noche magnífica, con un temperatura de 12 grados.

—Hasta la vuelta, chilenos.

—"¡Vivan los turistas argentinos!... Hip... hip... hurraaaa... ¿Hará la diplomacia lo que nosotros hicimos?

Y nos alejamos de Magallanes. Ciudad cordial, ¡quién sabe cuándo te volveremos a ver!...

Ahora sí que poníamos proa a los canales fueguinos.

Durante la noche y la madrugada del 15, navegamos por el Estrecho de Magallanes. Anchura y sombras.

Lejos, alguién fuma. Es el faro de San Isidro.

Aclara con frío. Las primeras luces recortan el majestuoso Monte Sarmiento. Su fama pone de pie a 20 ó 30 turistas. 2.300 metros de altura. El espectáculo compensa el madrugón. Su cono se pierde entre las nubes. No está solo. A regular distancia, se levantan, también cubiertos de nieves eternas, El Francés, El Roncagli. Duermen envueltos en un manto gris imponentes ventisqueros.

Ya lo veremos mejor de vuelta, cuando visitemos la bahía Contraalmirante Martínez.

Traspuesto el canal Magdalena, viramos al Oeste. A nuestro paso el canal Cockburn aquieta sus aguas. Un poco de niebla y muchas islas: King, Fitz Roy, Barros. Montañas a izquierda y derecha. Verdosas y bajas. Amarrado a las aguas, el Monte Pascoal cruza la abertura que conduce al Pacífico por el canal Brecnock.

Las montañas que vemos ahora tienen otra coloración. El mar bate con furia los mil islotes. Se amplía el panorama. Bahías, islotes, picos nevados, ventisqueros, enredaderas antárticas; margaritas de varios colores, sanguinarias; chilcos.

La mañana, fresca pero asoleada, nos empuja hacia el canal Ballenero. El panorama es tan vasto que sólo puede apreciarse en conjunto. Siga... siga... no es posible el detalle. Hay mil cosas para mirar: aguas, roca, nieve, cataratas. Por las alturas vuelan águilas, cóndores de la región, petreles, cormoranes, y zurcando las aguas en todas direcciones, los graciosos patitos a motor, andando con su cola en el agua, a manera de hélice. No hay inestabilidad en el color. Miramos lo que la refracción sólo quiere. La nieve es blanca, celeste, azul, verde. Las montañas parece que quisieran apretarnos. Sacan su intención, de allá, de las nubes.

Antes de la media tarde entramos a navegar en el canal O'Brien. A la derecha, el cerro Fantasma hiende su cono blanco en el plomo del cielo. Las nubes pasan truncándolo. Bosques de hayas refrescan sus quebradas, y brotan por todas partes cascadas rumoreantes. Las islas "Timbales" parecen paredones petrozos. El barco pasa casi rozándolas.

Viendo maravillas, marchamos hacia el Este en demanda de la Bahía Garibaldi. Aquí hemos de fondear para hacer una excursión en botes hasta el fondo de la ensenado. El barco detiene la marcha frente a una montaña cortada a pico. Todos los pasajeros saben que veremos uno de los parajes más hermosos de la región de los lagos; lugar obligado de todos los cruceros. Así lo confirma una roca solitaria donde se lee: "Monte Olivia", "Monte Pascoal", "Cap Polonio", "Cap Norte". Otros han venido antes que nosotros.

Los aparatos de sondaje toman la profundidad y el ancla cae a las aguas.

Como en Comodoro Rivadavia, la visita al fondo de la bahía se hará en dos turnos. El primero en la misma tarde y el segundo en la mañana siguiente.

La bahía tiene una profundidad de 6 millas. Las haremos en trenes de botes, piloteados por lanchas a motor. Se organizan cuatro "trenes", los que inician la marcha a las 14 horas. Van listas las máquinas fotográficas y los cantos de felicidad y de goce se caen de las bocas.

Las costas escarpadas de la bahía exaltan el verde de los montes. Contrastan el marrón de las piedras y el blanco de los heleros.

Pero algo sale al paso de los botes. Son pequeños témpanos de hielo que vienen del fondo de la bahía. Los botes deben sortearlos, y después romperlos, por que alfombran de blanco totalmente las aguas. Van dando tumbo las lanchitas, pero nada las detiene. Y menos aún cuando alcanzamos a divisar el glaciar que cierra la bahía.

¡Qué hermosa visión! A lo lejos se ve un enorme paredón de hielo que desciende de lo alto de las montañas. Hielo acumulado en el decurso de los siglos, hielo blanco, rosa, azul, formado por enormes cristales que adoptan todas las formas, primando la piramidal terminada en cono. Parecen monjes encapuchados de blanco, orando al pie de las aguas. Miran los ojos, callan las bocas. Debemos callar, por elocuencia, como calló Miguel Cané cuando enfrentó el famoso Tequendama colombiano. Callar, para que hable ese lenguaje irreemplazable de la reflexión. Hay paisajes que no pueden ser descriptos. La palabra no tiene, tratándose de cosas de la naturaleza, la fuerza que tiene un pincel, el sol, la luz...

Roben colores los magos de la pintura; busquen palabras los poetas. Ahí tiene el famoso glaciar Garibaldi, amigos turistas. Vamos a ver a la vuelta, mañana, o cuando lleguemos a Buenos Aires. ¿Quién se anima a describirlo?

Para muchos será empresa fácil. Dirán: maravilloso, y quedarán muy bien. Pero mis lectores me comprenderán, y si alguno o muchos quedan con una visión confusa, no me queda otro recurso que decirles: Hay que ir; hay que ir y ver la maravillosa Bahía Garibaldi.

Más o menos a las 17, iniciamos el regreso. Las proas de los botes miran hacia adelante, pero las cabezas hacia atrás.

¿Qué decimos a los del segundo turno? Nada; que mañana madruguen y vayan ellos. Llegamos al barco al atardecer, viendo a los mil pájaros de la región venir buscando el abrigo de las rocas. El sol se acuesta tras los picachos, no sin antes cambiar el tono del paisaje.

Por la noche canta el espacio su grandiosidad. Dormiremos fondeados.

Viernes 16. — Entibia la mañana un sol que juega a los colores con las montañas, el agua y la nieve. Ya han salido los del segundo turno.

Desde el fondo de la bahía vienen hacia el barco, pequeños témpanos. Parecen pájaros blancos posados en las aguas; flores de algodón que van huyendo de las aguás quietas, hacia las aguas libres de los canales.

Están calentitos los puentes del barco, ¡cómo no vamos a tomar sol!

La hora invita a pensar:

Anclados en la inmensidad, lejos de la fiebre capitaleña y del rumor ciudadano.

Cielo, montañas y mar... Sólo falta el fuego para hallar la armonía de los cuatro elementos base de la primera filosofía materialista de Anaximandro y Thales, de Mileto.

¡El espacio!... ¡Qué gran millonario!... ¡Qué pobres se me antojan los templos!... ¡Qué solemnidad la de aquellos conos nevados, a los que miraba como a obispos cubiertos con hábitos blancos!

Vamos, señores turistas. Vamos que es hora de balances. Quien viva una vida inútil, retroceda; quien a golpes con el Destino, reconstruya. Vamos, que la mañana ayuda.

Pero no veo, no encuentro reflexión en los ojos.

Todos dejaron el alma allá en los malecones de Buenos Aires. En el barco ha de vivirse vida intrascendente. Un turista es una máquina sobre la que pasan sin dejar rastro, las horas, los días...

¿Nadie embarcó un dolor, una tragedia?

Al pasar por un puente oigo a una turista preguntar: ¿Qué día es hoy?

Entonces pienso: El pedazo de tiempo que llaman día, es eso, eso que va de sol a luna cada 24 horas; eso que los almanaques despoetizan al numerar.

¿El almanaque? ¿Qué es un almanaque en el mar, entre montañas?

Nada. Un cartón con figuritas y 365 papelitos que los almaceneros regalan el primero de año. Nada más.

¿Qué se puede hacer mientras llegan los del segundo turno?

Visitar el barco. Y me largo por cuanta escalera encuentro.

¡Cuánto sudor proletario y cuánto cálculo para llegar a las 14.000 toneladas del Monte Pascoal!

Es una ciudad; tiene calles, casitas, a las que llaman camarotes, esquinas, sólo que en la ciudad barco, las han cedido a la proa su función de ir por ellas hacia alguna parte.

En la ciudad Monte Pascoal viven más o menos, entre pasajeros, oficiales y tripulantes, 1.200 personas. En Ushuaia viven... 1.500. ¿Cuál de las dos tendrá más casas?

La masitería del Monte Pascoal gasta 500 kilos de harina por día. ¿Gastarán tantas bolsas todas las panaderías de Ushuaia?

Entrando al dominio de los datos, me interesó aún más el barco. Y supe cosas interesantes. Por ejemplo:

En el lavadero se lavaban 2.000 servilletas diarias y 1.000 toallas. Anoto y voy en busca de la cocina. Aquí la estadística se hace más complicada.

307 pollos en un almuerzo. 500 kilos de pavo en una cena. De 1[illegible] a 35 bolsas de papas por día. Una bolsa de cebollas.

Después de haber anotado estas cifras, cuando ya me disponía a seguir mi peregrinación por otros rincones de la nave, se me acerca un alemancito joven, peón de cocina, y me dice: Y ahora, señor anote esto:

—Que trabajamos para ustedes, 16 horas diarias, y que nunca nos mandan cerveza.

Terminamos riendo. Le prometí interesar al respecto a la comisión de fiestas. Todavía me debe estar esperando.

Sigamos escaleras abajo. Compartimento de máquinas. Prohibida la entrada. Disculpe, amigo. Llegué hasta el mismo fondo del barco. Hasta los tanques de agua.

Los tanques de almacenamiento tienen capacidad para 2.080 toneladas de agua.

Vamos escaleras arriba. Llegué fatigado a cubierta y tuve un encuentro que me valió la anécdota del día.

Entre los turistas viajaba un joven de unos 25 años que desde los primeros días llamó la atención por el aislamiento en que vivía. Siempre se le veía solo, ajeno a fiestas y reuniones de cualquier índole. Muchos lo conocíamos por el "solitario". Allá él con sus rarezas.

Pero en una ocasión se vió obligado a cambiar ideas conmigo, no recuerdo con qué motivo. Desde entonces empezamos a saludarnos. Lo encuentro esa mañana y lo abordo.

Intimamos. Ni enfermo, ni triste. Le gustaba la soledad. Tal vez un imaginativo. Me aceptó un medio litro en el bar. Cuando fuí a pagar se disculpó: Perdone que no haga la tentativa. —Valiente; lo he invitado yo. Y como si creyera del caso sincerarse, disculpó su condición de invitado con el hecho de haberse embarcado nada más que con el pasaje y 45 pesos para gastos.

¡Ah!... Su soledad no obedecía a una cuestión de espíritu, sino de pesos. Claro; solo, eludía compromisos. Moraleja: El que sienta horror a la soledad, cuando vaya a los Canales Fueguinos, lleve más de 45 pesos.

EL MAR de los antiguos bucaneros y de los combates recientes, la ciudad más austral del mundo, la nieve azul y verde: de esas cosas habla Montiel

El Súcubo



Mi ánimo está preso de una profunda emoción. Acabo de leer la descripción de un experimento tan repugnante, tan increíble, que vacilo en relatarlo. Pero debo hacerlo so pena de destruir el equilibrio de mis sentidos.

Yo, Jaime F. Carleton, soy médico. Aunque no he llegado a ser eminente en mi profesión, gozo de una posición lucrativa y he llegado a ser miembro de la plana mayor de uno de los más grandes hospitales. Digo esto no por indebido orgullo por mis actos, sino para tratar de que se preste crédito a mi fantástico relato.

Cuando estudiaba medicina, uno de mis condiscípulos era Igor Boronoff. El padre de Igor, un ruso aristócrata, había huído hacia esta comarca hace algunos años. Y como había estudiado medicina en su juventud, estimuló a Igor para que hiciera lo mismo, a pesar de que su fortuna no hacía necesario que su hijo se dedicara a practicar su profesión después.

★

Igor fué la desesperación de sus profesores. Frecuentemente ocasionaba tumultos próximos al motín en las clases, proponiendo alguna asombrosa teoría o ridiculizando serias tradiciones científicas. Sus constantes ¿por qué? llegaron a ser temidos por los exasperados profesores.

Durante el último año de su carrera, Igor fué llamado a su casa, por una seria enfermedad de su padre. Poco después de la llegada de Igor, el anciano moría. Cuando Igor volvió, algunas semanas más tarde, su ironía, a veces divertida, se tornó hiriente como el acero. Nadie se atrevió a afrontar el vitriolo de sus ridiculizaciones. Tan sólo en mi compañía dejaba de ser irónico y obraba como una persona cortés. Al fin Igor se recibió y nos despedimos.

—Me voy a Europa para hacer estudios más profundos — anunció —. Si quiero triunfar en el trabajo que deseo hacer, debo aprender mucho más.

Varios años pasaron, durante los cuales no oí hablar de él. En una ocasión tropecé con un artículo suyo acerca de la diferencia de la estructura celular en las plantas híbridas. Su teoría apoyada en incontables experimentos amenazaba con echar abajo los principios de la ley de Méndel.

Sus artículos, apareciendo con extraños intervalos, bien pronto atrajeron la atención del mundo científico.

Sus investigaciones originaron varios cambios en los libros de texto de biología y bioquímica. Se convirtió en una indiscutible autoridad en esta rama de la ciencia. Honores y grados académicos llovieron sobre él. Su casa fué invadida por extraños. Igor estaba furioso: declinó todos los honores y se amuralló en su casa, cesando de escribir artículos y de mantener relaciones con el mundo.

Solía escribirme. Su última carta recibida hace unos meses hablaba vagamente de algunos serios problemas que parecían estar a punto de cambiar el curso de su vida y me rogaba visitarle tan pronto como pudiera.

Mientras recorría el camino que conducía a una mansión colonial noté que la maleza había borrado toda traza de jardín. Igor mismo abrió la puerta. Su apariencia me chocó: Su cabellera estaba blanca. Había adelgazado tanto que parecía sólo tener la piel sobre los huesos.

La emoción me dominó: Abrí mis brazos y grité:

—¡Igor!

—¡Jaime!

Cayó entre mis brazos como un niño. Histéricamente lloraba sobre mi hombro.

Al rato se calmó y me dijo:

—Estamos obrando como un par de locos sentimentales. Perdóname, Jaime, pero he estado bajo una tensión mental. Ven adentro y ponte cómodo. Espero querrás excusar mi facha, pero no te esperaba tan pronto.

Cuando nos vimos, después que se hubo vestido, se parecía más a lo que había sido antes. Vestido y afeitado, compuesto, aparentaba ser un hombre distinto. Nos sentamos y comenzamos a fumar. Decidí que había llegado la hora de que el misterio fuera aclarado.

—Igor, — le pregunté — ¿cuál es la razón de que obres como lo estás haciendo? Como médico debes saber que, físicamente, estás destrozado. Rehusas el contacto humano. Rehusas todos los honores e insultas a los hombres e instituciones que te los confieren con tus sarcasmos. ¿Cuál es la causa de tu insano comportamiento? ¿Tu trabajo no ha tenido éxito? ¿Es preciso que por ello sacrifiques la salud?

Movía la cabeza lentamente.

—Jaime, — dijo — mi trabajo no se ha perdido. He tropezado con el éxito. ¡Exito!...

Acentuó la última palabra como si estuviera pensando mentalmente su exacto valor y profirió una corta y amarga risotada.

Una vez más decidí forzar la confesión:

—Igor, — anuncié — ahora que estoy aquí, pienso indagar hasta el fondo este absurdo. No me satisfarán vagas referencias. ¡Me propongo poner fin a este maldito misterio! ¡Llévame a tu laboratorio!

Se irguió. Su cara estaba descompuesta. Extendió sus brazos hacia mí:

—¡No! — gritó. ¡No lo comprenderías!...

Sus gritos me afectaron. No sin gran esfuerzo conseguí dominarme.

—¡Igor! — exclamé. ¡Igor, cálmate! ¡Siéntate!...

Temblando cayó sobre su silla. Lentamente la razón retornó a él. Estaba sentado, con los codos sobre las rodillas, mesándose los cabellos. Al rato se volvió a levantar y dirigiéndose al escritorio extrajo una carpeta que me dió:

—Jaime, — dijo, hablando serenamente — esta carpeta contiene notas que te explicarán todo. Estas notas no son técnicas, sino que describen mis pensamientos y acciones durante el tiempo que he empleado en llevar a cabo mi experimento. Pensaba contarte todo cuando vinieras, pero me siento impotente para hacerlo. Te ruego las lleves contigo y las leas absolutamente en privado.

Hablamos hasta tarde esa noche; me pareció estar más en posesión de su espíritu. Lo dejé al día siguiente, después que me hubo asegurado que se sentía mucho mejor.

Llegué a casa tarde y en cuanto hube cenado, me encerré en mi estudio. Al fin conocía el secreto que había casi destruído la salud de mi amigo y la serenidad de mis pensamientos. Si hubiera sabido el horror que ese diario me iba a inspirar, jamás lo hubiera leído. Pero, ignorante de todo di vuelta la cubierta y comencé a leer.

"El día de hoy marca mi destino. Hoy he plantado una semilla, que, a su debido tiempo producirá algo destinado a producir un cataclismo en el mundo científico o destruir mi teoría, basada en largos años de estudio. Hago este diario para dar escape a mis emociones, pues no deseo confiar a nadie ni mis esperanzas, ni mis temores.

Mi propósito es producir células, de plantas y animales, que fueran suficientemente parecidas en estructura, constitución química y actividad para permitir la generación de una célula híbrida. Después de largos años de experimentación infructuosa, el examen químico y microscópico, me convenció de que al fin había producido células, capaces de fusionarse. Las junté y esperé los resultados. Las observaba continuamente y un día hice un asombroso descubrimiento: Algunas de las células se habían fusionado. ¡Estaba en el camino del triunfo!

★

"Me quedaba por aplicar mis experimentos a un fin práctico. Pero allí tropecé con las dificultades que me había profetizado yo mismo. Sólo obtenía cosas parecidas a plantas monstruosas, con algunas características animales. Morían, por otra parte, tan pronto como emergían del suelo. Yo estaba profundamente perplejo. Entonces una idea revolucionaria se me ocurrió. ¿Qué ocurriría si yo inyectaba la fusión entre un espermatozoide humano y el óvulo de una planta apropiadamente hibridizada? Instantáneamente procedí a verificar la posibilidad de mi hipótesis. Trabajé con febril excitación. Al fin, todo estuvo listo. Preparé el experimento final. Mis manos temblaban cuando me puse a observar a través del microscopio. Miré. La sangre arrebató de golpe mi rostro. Acababa de realizar un milagro. ¡El óvulo estaba fertilizado!

Esperé hasta que el óvulo se transformara en una semilla y la planté en tierra que había llevado yo mismo al laboratorio, regulando la temperatura y humedad con infinito cuidado. Tuve que esperar mucho tiempo, mis nervios me impedían dormir. Tuve que tomar bromuro.

¡He triunfado! Hoy, mientras miraba mecánicamente a la tierra, mi atención fué atraída por una pequeña rajadura y, asomándose por ella un delgado brote blanco. He hecho lo imposible: ya no me cabe duda ahora, está creciendo. En tres semanas ha alcanzado una pulgada de altura.

★

"La planta criatura se ha desarrollado lo bastante como para permitir una investigación. ¡He visto en su cima las inequívocas líneas de un rostro humano! Los ojos, la boca y la nariz están claramente delineadas. A los costados tiene brazos, completamente desarrollados con sus cinco dedos en cada mano. No debo temer ya haber creado una monstruosidad asexual. Mi creación es femenina. No podré seguir llamándola planta o creación; le diré "ella". Ella tiene ahora un pie de alto. Me he sorprendido al notar que sus piernas ya no crecen unidas. Como hoy se moviera, he notado un espacio entre ellas. Todavía, por temor de dañarla no he examinado si hay una estructura ósea en su interior. Inspeccionando cuidadosamente he llegado a comprobar la existencia de cartílagos, que no tienen articulación o juntura como rodillas, hombros o codos. Penetra directamente a la tierra, careciendo de tobillos.

★

"Hoy, mientras estaba haciendo algunas comprobaciones, sentí un extraño sonido detrás mío. De pronto me fué difícil localizarlo. Pero súbitamente me esclareció la verdad: sus labios se estaban moviendo. Una nueva posibilidad se presentó instantáneamente. Quizás podría enseñarla a hablar. Ella crece con más languidez cada día. Estoy muy alarmado. ¿Qué es lo que anda mal?

Estoy desesperado. Si no mejora, morirá pronto. He tratado de alimentarla con cosas líquidas, tales como leche y caldo; pero ella los rechaza. Estoy seguro de que se trata de un mal causado por nutrición insuficiente. La actividad de su corazón y pulmones se ha debilitado notablemente.

Le he preparado una solución de proteína. Ya que ella rehusa tomar alimentos con la boca, ellos deben ser asimilados a través de la tierra. La solución está hecha a base de sangre de pollos. Ansiosamente esperé los resultados. Antes de que muchas horas hubieran pasado pareció reanimarse; y en el término de una semana, estaba tan bien como al principio.

★

"Estoy tratando de enseñarle a hablar por medio de la asociación de ideas. Señalo algunos objetos y le repito sus nombres varias veces. Este trabajo es muy pesado. Su voz parece más un susurro que un sonido que emerge de la garganta.

Ahora tiene tres pies de alto. La he trasplantado. He construído una pared circular sobre el mismo piso del laboratorio, conteniendo suficiente tierra, y con muchas precauciones la he trasplantado a su nueva casa.

Ella está aprendiendo a hablar. Su voz continúa siendo un susurro, sonido que hace imposible distinguir las vocales.

★

"No puedo expresar mis sentimientos hacia ella. Ella es para mí más que un mero descubrimiento científico. Pienso que puedo describirlo mejor comparándolo con la afección que uno siente por algún favorito. Semejante emoción es totalmente incientífica; pero no puedo negar su existencia.

Ella crece rápidamente. Hoy pareció sentir, por primera vez, una real emoción. Pronunció unas cuantas palabras y, tomando el vaso de sangre con que yo riego la tierra, lo vació en sus labios. Como doctor eso me agradó; como hombre me resultó repelente. Ya es tan alta como yo. Mi experimento se ha completado. Quisiera anunciarlo al mundo, pero temo a las hordas de doctores, repórteres, estudiantes y toda clase de pestes por el estilo. Mientras vacilo en tomar una resolución, me he ido aficionando más y más a ella. Se me ha desarrollado el hábito de permanecer sentado en el laboratorio, como si buscara su compañía.

Ella sigue creciendo. ¿Qué pasará, sino cesa de desarrollarse? Jamás había sospechado su fuerza hasta que acerqué mi mano a las suyas. Me la apretó con tal poder que, involuntariamente, grité de dolor.

Ella me fascina. Sus grandes ojos pensativos me siguen por todas partes. Hace rápidos movimientos impacientes cuando paso a su lado, como si deseara tenerme cerca.

Ejerce una peligrosa influencia sobre mí. Sus grandes ojos, sus profundas pupilas tienen un halo hipnótico. Los labios gruesos, sensuales, tan rojos como la sangre de que se alimenta, me hacen señas. Su cuerpo, tan fuerte, tan bello, con su verdadera sugestión de poder, ejerce una irresistible atracción sobre mis sentidos. ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué estoy pensando? ¿Estoy por volverme loco?

★

"Una cosa terrible sucedió hoy. Puede parecer grotesca a los otros, pero para mí es terrible.

Pasaba cerca de ella, cuando de pronto me encontré preso en sus brazos. Me ahogaba casi y grité con desesperación. Inexorable, ella me mantenía entre sus brazos. Su contacto hizo que resurgieran instintos elementales, hace mucho tiempo olvidados por mí. La razón me abandonó. La besé brutalmente y apasionadamente una y otra vez. Olvidé todo lo que no fuera aquella monstruosa criatura...

No puedo dormir bien. Un extraño sentimiento de temor, algo como un vago presentimiento de peligro, me deprime. Horribles pesadillas me perturban. Compruebo el espanto de mi situación y mi agonía mental se agudiza.

Los sirvientes me han abandonado. Sumergido en un mundo de emociones, he perdido todo interés hasta por mis cuidados personales. Me he observado en un espejo: los cabellos se me han encanecido.

No quiero regarla más. ¡La amo! La amo con todo mi corazón, con todo mi cerebro, con todo mi cuerpo".

★

El diario de Igor Boronoff terminaba allí. Me incorporé lleno de horror, de desprecio, de rabia.

Dudé entre denunciarlo o tener una cuestión personal. Al fin, el correr del tiempo me fué trayendo calma.

Comenzaba a olvidar a Igor, cuando un telegrama suyo me puso fuera de mí. Decía: "Sálvame. Ven enseguida. ¡Por el amor de Dios, no faltes!".

Con frenética prisa hice mis preparativos. Mis ojos repararon en un revólver. Vacilé un instante, pero al fin lo puse en un bolsillo de mi pantalón.

Tomé el tren e hice el viaje en un estado de verdadera agonía mental.

Descendí en la pequeña estación. Alquilé un automóvil, dejando la correspondiente garantía, y me dirijí a la mansión de Igor.

La casa estaba a oscuras. Por más que llamé nadie acudió para abrirme. Traté, inútilmente, de forzar la puerta principal.

Rápidamente corrí hacia la parte de atrás de la casa. La luz se filtraba a través de las cortinas de dos ventanas situadas en el primer piso. Mis piernas temblaban y los peores presentimientos desfilaban por mi imaginación.

Al fin tomé una decisión: rompiendo el vidrio de una de las ventanas, penetré a la habitación.

★

Una espantosa visión apareció ante mis ojos. Una inmensa criatura femenina, sostenía a Igor en un terrorífico abrazo. Sus brazos eran tan fuertes como cables de acero.. Las piernas colgantes de Igor y su rostro cadavérico, denunciaban que mi desdichado amigo había muerto por asfixia. Ella arrojó, al verme, el cuerpo inanimado. Sus extraños ojos, su cuerpo macizo, la asemejaban a una antigua diosa carnicera. Observé que sus piernas terminaban en algo semejante a las raíces, y se introducían en la tierra. Era diabólicamente hermosa y fascinadora.

Una insensata furia me poseyó. Ella era la culpable de la locura y la muerte de mi amigo. Extraje el revólver del bolsillo y disparé contra ella una y otra vez, hasta que no tuve balas. Con un grito inarticulado, traté de huír. Al hacerlo tropecé con una mesa y una lámpara encendida que estaba sobre ella cayó al suelo.

Las llamas del kerosene inflamado, comenzaron a elevarse. Salté por la ventana. Ya en el auto, desesperado, pensé en salvar del incendio el cuerpo de mi infortunado amigo. ¡Demasiado tarde: las llamas bloqueaban las dos ventanas!

En la noche, presa de un horror indescriptible, abandoné aquel lugar de maldición.

Por K. F. ZISKA

ILUSTRACION DE GUIDA

Museo de la Confusión

A RAIZ de ciertas pesadillas, alucinaciones y sueños que me acontecieron últimamente en determinados momentos de otomana y catre de campaña, decidí consultar algunos almanaques ermitaños y profesores de ciencias ocultas. Mi condición como durmiente estaba adquiriendo caracteres alarmantes. A las dos noches justas de soñar con un ícono de la madre patria, se me apareció Zogóibi de cuerpo entero y con tegóibi. Al día siguiente, tuve una pesadilla a cargo de la Junta de Historia y Numismática y del falso Smerdis. El quinto, descansé. El sexto, aguanté un ensueño dentro del cual Stan Laurel y Oliver Hardy trataban en vano de soldarle un cuello a Calixto Oyuela. El séptimo, fué mi desventura: soñé con Des Grieux y quise ser mamón. Con estos antecedentes, me introduje en el almanaque de La Bella Durmiente, pero sin alcanzar mayores éxitos. Mis sueños eran por demás originales, y las estadísticas no registraban otros casos similares. La única analogía que encontré fué la de cierto Faraón que soñó con siete vacas gordas y siete vacas flacas, contra mi sueño del gordo y el flaco; pero esto también se me arruinaba, por la intempestiva presencia del almidonado miembro del Pen Club.

En vista del fracaso rotundo de las estadísticas somníferas, me dispuse a dar un breve paseo por las adyacencias de mi alcázar. Al regresar, traía un nutrido lote de coloreadas tarjetas que ostentaban extraños nombres y variadas direcciones de quirománticos, sonámbulos, célebres psicólogas y profesoras de ciencias ocultas.

Tomé al azar una de ellas, y resultó ser la correspondiente a Madame Scheznarda, célebre psicóloga y quiromántica, única en la ciencia del alma conocedora de nuestro destino. Con gran interés comencé la lectura, salteando algunas cosas que no me inquietaban, como ser: ¿Quiere usted que su marido le sea fiel? ¿Desea usted casarse con el hombre que ama? Hasta llegar a lo siguiente:



Yo poseo poderosas reliquias y amuletos con los cuales todo lo conseguiréis. Con mis procedimientos combato: la envidia, decaimiento moral, las malas ideas, desunión matrimonial, triunfo en los estudios, éxito en las empresas, en los amores y en todo aquello concerniente al espíritu.

Ante el temor de tener que regresar triunfante después de Curupaytí con un cero en otorinolaringología, un insuficiente en amores y un aplazado en pompas fúnebres, Villalonga, empresas de construcción y en todo lo concerniente al espíritu, resolví pasar a otra pitonisa.

Esta se domiciliaba en Gerli, en la calle Portela 175. De entrada no más me descorazonó la afirmación de su poderío para dar realidad a todos los sueños.



Como no me convenía de ningún modo que se me realizara Smerdis, Zogoibi o Des Grieux, pegué media vuelta a la tarjeta en busca de otras cualidades del profesorado de ciencias ocultas. Me enteré de lo que sigue:

Puedo hacer o realizar cualquier trabajo que otro no ha podido hacer, por ejemplo: en amor, casamiento, dominar a las personas, tener suerte en todos los asuntos, vengarse de quien nos ha hecho mal, conseguir a un hombre o mujer en el tiempo que usted lo desee, tener preso al novio o hacerlo venir si se va.

Indudablemente, no concurrí a la calle Portela 175. No me encontraba con ánimos suficientes como para convertirme en carcelero de algún simpatizante, o guardián de querendones y príncipes consortes, y menos aún transformar mi casa habitación en sucursal de Sing Sing, Torre de Londres o Presidio de Sierra Chica, arruinándome con la compra al por mayor de pan y agua, instalaciones de canteras, confección de pijamas, sillas eléctricas, sofocación de motines, provisiones de ratas y juegos completos de cepos, grillos y cadenas perpetuas. Las otras tarjetas tampoco me ofrecieron mayores posibilidades para la interpretación de mis ensoñaciones. Alguna que otra pretendía hacerme ver un envidioso en una copa de agua o enjaretarme un diploma en espiritismo y cartomancia después de haber aceptado talismanes de gran poder, tinta mágica y celeste, polvos del caburé y del dragón rojo, reliquias para la suerte y la verdadera piedra imán. Lo peor de todo es que anoche incurrí en una nueva aventura soñolienta: soñé con Melpómene y Melsácame y con seguridad no lograré jamás enterarme del significado de estos accidentes soporíferos.

★

En El Hogar, del 8 de junio apareció una fotografía de cierta maga de la música argentina, la cual venía rigurosamente custodiada por una interesante nota. De ella extraje lo siguiente:

Se olvidó, al ciudadanizarse, de una cosa muy importante: trajo ojos de Córdoba en su valija, ojos que reparten ensueños, que pescan compases musicales en el aire. Ella, que fué concertista de nota, y de las buenas, se acurrucó, mimosa, en una vidala, y allí se quedó para nuestra gloria.

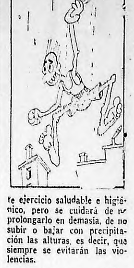
Ahora está un poco retorcida de mate amargo.

Efectivamente. Personas que han tenido la suerte de observarla hace poco tiempo me han comunicado que la espiral, la escalinata caracolera y el tirabuzón tienen menos vueltas que la concertista. Por lo menos no se les ocurre colocar sus escalones, estrías u otros órganos importantes dentro de un baúl, un cofre fort, o un portapliegos, ni tampoco recostarse sobre una corchea y aguardar sobre ella el día del juicio final, pescando mientras tanto cuanta nota, acorde o semifusa flote en el aire enrarecido del minúsculo dormitorio.

En otro Home Sweet Home descubrí bajo el título de Ventajas que ofrecen algunos ejercicios, lo que sigue:

La marcha es un buen ejercicio, sobre todo cuando se efectúa en suelo plano, horizontal o con suaves ondulaciones: desarrolla los músculos de las extremidades inferiores, del abdomen, del cuello, del tronco, etc. Es conveniente realizarla después de las comidas para ayudar a la digestión.

Las plazas, los parques, los sitios arbolados, son muy adecuados para la práctica de es-



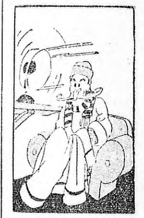
te ejercicio saludable e higiénico, pero se cuidará de no prolongarlo en demasía, de no subir o bajar con precipitación las alturas, es decir, que siempre se evitarán las violencias.

Sobre todo es inconveniente permanecer durante mucho tiempo sobre la pirámide de Mayo o jugar al rango con la estatua de Garibaldi, bajar precipitadamente de la Cúpula del Congreso, caminar sobre los jacarandás, sauces y pinos del Jardín Botánico o sentarse a descansar sobre una variada y valiosa colección de cactos. Se ha comprobado que no reporta mayores beneficios a la digestión, ni al tronco.

En la misma revista, en una página dedicada a los microorganismos, encontré lo que sigue:

Si la conciencia ha de funcionar, es necesario que sea excitada por actos. Cuando nada la excita o la hace tramóvil, como una balanza a la que nada se ha colocado.

Es indudable que si a la balanza se le coloca un motor a explosión, una piedra movediza del Tandil o un perpetuum móvile, podrá ser utilizada como veleta, baile de San Vito o movimiento sísmico. Ahora si se le coloca sencillamente un kilo de salame de un lado y un kilo de bronce del otro, no creo que la Toledo vaya a adquirir gran movilidad ni a asombrar por su agilité, hasta el punto que haya que bolearla o sean necesarios lo servicios de los bomberos voluntarios de la Boca.



POR

ANIMULA VAGULA

DIBUJOS DE RODRIGUEZ

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez









El Hallazgo de lo Absoluto

Por MAY SINCLAIR

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

MR. Spalding había salido al jardín a buscar paz, y no la había encontrado. Allí estaba en un banco, con espaldas agobiadas y cabeza gacha, abatido en medio del sol primaveral.

Había pasado una noche miserable, y se había despertado en más miseria que nunca. Así había pasado tres días y tres noches, uno tras otro, y había motivos. No sólo que su joven esposa Isabel había huído con Pablo Jeffreson, el poeta imaginista. Además de la fragilidad de Isabel, había descubierto un defecto fatal en su propio sistema de metafísica. Ya había perdido su fe en Isabel, y así le sucedía también con su fe en lo Absoluto.

Las dos cosas habían venido juntas para aplastarlo. Y tenía que reconocer amargamente que no dejaban de tener relación entre sí.

—Si — Mr. Spalding se decía — yo hubiera servido a mi mujer tan lealmente como he servido a mi Dios, no me habría abandonado por Pablo Jeffreson.

Quería decir que si él no hubiera estado tan envuelto en su sistema de metafísica, Isabel podría estar todavía envuelta en él. Sólo él mismo tenía la culpa de su desgracia.

Si ella hubiera huído con cualquier otro, desde que debía huir con alguien, podría haberse perdonado a sí mismo, pero así no había sino desgracias en perspectiva para Isabel. Pablo Jeffreson tenía genio. Mr. Spalding no podía negarlo; genio inmortal, pero no tenía moral: se embriagaba, se dopaba; en la decente frase de Mr. Spalding, hacía todo lo que no debería hacer.

Se podría creer que este abrumador desastre predominaría sobre la otra inquietud; pero no: Mr. Spalding tenía una mente equilibrada, y se afligía tanto por la pérdida de su mujer como por la de su Absoluto. Parecería poca cosa un defecto en un sistema metafísico, pero hay que tener en cuenta que desde que Mr. Spalding pudo pensar, lo devoraban hambre y sed de verdad metafísica. Había arrojado lejos al Dios que le habían enseñado de niño, porque, además de que ofendía al sentido moral de Mr. Spalding, no era bastante metafísico. El pobre hombre se pasaba la vida en penas metafísicas, erraba de un sistema a otro, buscando verdad, realidad, alguna suprema satisfacción intelectual que no llegaba nunca. Creyó haberla encontrado en su teoría del absoluto Panteísmo. Pero, en verdad, el panteísmo de Mr. Spalding, y, a ese efecto, el panteísmo de cualquiera, cuanto más se pensaba en serio, menos serio resultaba, y cuando más absoluto lo quería hacer, más relativo quedaba.

Pues, en la teoría de Mr. Spalding, no hay más realidad que lo Absoluto. Las cosas son reales en cuanto existen en El, porque El está en ellas.

Mr. Spalding concebía que su conciencia y las de Isabel y Pablo Jeffreson existían de algún modo en lo Absoluto sin cambiar. Si esa existencia interior los cambiara, entonces habría que decir que la razón de su presente apariencia estaba en alguna parte fuera de lo Absoluto, lo que para Mr. Spalding era crasa blasfemia. Y si Isabel y Jeffreson existían sin cambio en lo Absoluto, entonces el adulterio de ambos también estaría allí sin cambio. Y un adulterio dentro de lo Absoluto ofendía su sentido moral tanto como cualquier cosa que le contaban sobre Dios en su juventud. Lo raro era que, hasta que Isabel lo abandonó, no había nunca pensado en ello. La metafísica del Panteísmo le había interesado más que su ética. Y ahora no podía pensar en nada más.

Y no eran sólo Isabel y su iniquidad; eran todos los individuos intolerables que él conocía; sus parientes, por ejemplo, cuya mezquindad, idiotez y obcenidad deberían existir también en lo Absoluto, y sin cambiar, recuérdese.

Y las cosas que se ven y oyen. ¿Un cielo azul, entonces, sería azul para la vista de Dios, o algo inconcebible? ¿Y los ruidos? ¿Y la música? Por ejemplo, yo estoy oyendo una ópera, y usted la jazz del restaurant, pero el Dios del Panteísmo las escucha al mismo tiempo, y todos los ruidos del Universo al mismo tiempo, como si dirigiera tal orquesta. Estas ideas chocaban aún más a Mr. Spalding que pensar en la mala conducta de Isabel.

Pasó el tiempo. Pablo Jeffreson se mató a borracheras. Isabel, consumida por la aflicción, murió de neumonía siguiente a una influenza, y Mr. Spalding siguió cavilando sobre su inajustable metafísica.

Y, al fin, también él se encontró muriéndose. Y entonces empezó a cavilar en otras cosas, que "sucedieron", como él decía. Pensó como si le sucedieran entonces, a él, no a través de él, y contra su voluntad. En sus momentos de filosófica calma, no podía concebir cómo había soportado tantos y ciertos episodios terminados siempre en aburrimiento y disgusto. Breves, insignificantes como eran, Mr. Spalding se afligía retromirándolos. ¿Suponiendo que significaran más de lo que parecían? ¿Y suponiendo que uno no era simplemente borrado, sino que de veras había una postvida? ¿Y que en ese otro mundo había un infierno?

Mr. Spalding no podía imaginar peor infierno que la eterna repetición de tales incidentes, eterna repetición de ese aburrimiento y ese disgusto; y si había un Absoluto, si había verdad y realidad, no conocerlas nunca, estarles lejos para siempre...

"El sucio, que siga sucio todavía", dice el Apocalipsis.

Ese era el Infierno, la continuación del estado sucio.

Cavilaba si la bondad, después de todo, no era lo único importante; cavilaba si había en realidad otro mundo, con inquietud extrema cavilaba qué le sucedería a él.

Murió cavilando.

★

Su primer pensamiento fué: "Bueno, aquí estoy otra vez. No me borraron". El segundo, fué que no había muerto en nada. Se había dormido y ahora soñaba. No estaba agitado, ni siquiera sorprendido.

Se encontró solo en un inmenso espacio gris, en que no distinguía otro objeto que sí mismo. Conocía que su cuerpo ocupaba una porción de ese espacio. Pues tenía un cuerpo: extraño, tenue, blancuzco. Lo raro era que ese vacío espacio tenía una cierta solidez debajo de él. Yacía sobre el espacio, a la deriva, que lo sostenía con la elasticidad del agua honda. Sin embargo, su cuerpo era parte de él, estaba enredado en él. Ahora conocía que dos figuras se acercaban. Llegaron como andando sobre agua, y se pararon una a cada lado de él, y vió que eran Isabel y Jeffreson, y (pues estaban ellos allí) que esa era el infierno.

Isabel hablaba, y su voz sonaba dulce y buena, pero él sabía lo mismo que estaba en el infierno.

—Todo va bien — decía ella. — Es muy extraño al principio, pero te acostumbrarás. ¿No te molesta que vengamos a recibirte?

Mr. Spalding dijo que no debía molestarse, ni tenía derecho de reprocharle, ya que estaban en el mismo barco. Los tres habían merecido su castigo.

—¿Castigo? — habló Jeffreson, — ¿Cómo? ¿Dónde piensa estar?

—Estoy en el infierno, ¿no es así? Si ustedes...

—Si nosotros estamos aquí, ¿es eso?

—Bueno, Jeffreson, no quiero revolver viejos desagrados; pero, después de... después de lo que pasó, perdone que lo diga, ¿qué otra cosa puedo esperar?

Oyó que Jeffreon reía, con risa bien natural.

—¿Le dirás tú, Isabel, o yo?

—Dile tú, mejor. Siempre respetó tu inteligencia.

—Bueno, querido: si quiere saberlo, usted está en el cielo.

—¡No diga! ¡No creo!

—De hecho. Yo diría que usted piensa qué hacemos aquí nosotros dos.

—Bueno, Isabel... quizá. Pero, francamente, Jeffreson, usted...

—Sí, ¿y por qué yo no?

—Por su pasado, yo creía que tiene menos que hacer aquí que yo.

—¿Creería? Yo viví de cuentas impagas. Bebía. Me dopaba. No hay nada que yo no haya hecho. ¿Qué cree usted que me hizo entrar? ¿No adivina?...

—No. No sé.

—Mi amor a la belleza. No lo creerá usted, pero parece que eso cuenta aquí, en el mundo eterno.

—E Isabel, ¿por qué entró?

—Por su amor a mí.

—Entonces, todo lo que puedo decir —dijo Mr. Spalding— es que el Cielo es un lugar indecente.

—¡Oh, no! La decencia parroquial de usted no importa aquí, eso es todo. Es del todo relativa. Relativa a un sistema social con límites en tiempo y espacio. Relativa a cierta configuración biológica que ceso con nuestros organismos físicos. No es absoluta ni eterna.

Pero la Belleza es eterna, es absoluta. Y yo, yo amé más a la Belleza que al crédito, que a la bebida, que al doping, aún más que a Isabel.

Y el amor es eterno. E Isabel me amó más que a la respetabilidad, más que a la paz y la comodidad y la vida feliz.

—Todo eso está muy bien, Jeffreson, e Isabel puede tener razón. María Magdalena usted sabe a quién mucho amó, etc. Pero si un bribón como usted puede meterse tan fácil en el cielo, ¿dónde está nuestra ética?

—Su ética, Mr. Spalding, está donde siempre, de donde usted vino, no aquí. Y si yo era lo que llaman un mal hombre, es decir, un mal organismo terrestre, fuí, en cambio, un tremendo buen poeta. Dice que me metí aquí tan fácilmente; pero, ¿cree usted que es tan fácil ser buen poeta? Querido amigo, esa demanda una inflexibilidad, pureza y disciplina mental, de que usted no tiene idea. Y cierto que usted es la última persona que desdeñaría lo mental. De cualquier modo, la consecuencia es que estoy no sólo en el cielo, sino en uno de los mejores cielos, exclusivos, donde están los más finos espíritus.

—Entonces — dijo Mr. Spalding — si estamos nosotros en el cielo, ¿quién está en el infierno?

—No podría yo decirle con certidumbre. Pero no hay que plantearlo así. Deberíamos decir: ¿Quién volvió a la tierra?

—Bueno, es posible que yo encuentre aquí a mis parientes, por ejemplo. ¿Los recuerdas, Isabel?

—Oh, sí; los recuerdo. Es casi seguro que los manden de vuelta. No podrían soportar las cosas eternas. No hay nada de eternidad en la mezquindad, la estupidez y la grosería.

—¿Qué les sucederá, crees tú?

—¿Qué te parece, Pablo.

—Yo diría que tendrán que sufrir como malditos hasta que les entre por fuerza algo de nobleza, inteligencia y decencia.

—Que Dios me asista. Todas nuestras ideas preconcebidas parecen equivocadas.

—Sí. Ni aún yo estaba preparado para eso. Digamos, de paso, que si usted entró, fué por su pasión por la verdad. Es como mi pasión por la belleza. Pero, ¿no quiere mirar algo en su rededor?

El se levantó, ellos lo enderezaron, y él caminó entre ellos por la gris inmensidad, sobre un trayecto visto a medias pero bien sólido, que él pensaba absurdamente ser espacio condensado. Empero, no había otros objetos a la vista que las figuras de Isabel y Jeffreson, y el entrevisto aunque tangible suelo en que iban parecía autocrearse de la nada, bajo sus pies, a medida que el deseo de caminar más lejos se iba formando en él. Todavía no había sentido interés ni curiosidad, pero mientras andaba se le despertaba el deseo de ver cosas, más y más urgente.

Y entonces, de repente, vió.

Vió un paisaje más bello que todo lo que podía imaginar. Se parecía mucho a la región de pinos parasoles entre Florencia y Siena. Cuando salieron de ella por un gran camino curvo tenían las caras hacia el Oeste celestial. Al Sur, la tierra caía en grandes peñascos rojos hasta un brillante mar azul. Como la Riviera, dijo Jeffreson, el Esterel. Al Norte y Oeste, el paisaje rodaba de colina verde a colina verde, con penachos de pinos, hasta un inmenso terraplén de azul profundo, como Mr. Spalding había visto sobre las alturas de Sidmouth, en Inglaterra. Sólo que este país tenía tal gracia, tal armonía de línea y color, que le daba absoluta belleza; y sobre él yacía un sereno esplendor ultraterreno.

Ante ellos, sobre una colina, había una exquisita ciudad chica, blanca, dorada y rosa.

—Puede creerme o no — dijo Jeffreson — pero la belleza de todo esto es que yo lo hice. Quiero decir que lo hicimos entre los dos, Isabel y yo.

—¿Ustedes lo hicieron? ¿Cómo?

—Pensándolo; deseándolo; imaginándolo.

—Pero, si quiero algo nuevo, algo hermoso, que no he visto antes, ¿podré conseguirlo?

—Claro que sí. Sólo que, al principio, hasta que se le desarrolle la fantasía, tendrá que recurrir a mí o a Miguel Angel o a Turner, que lo hagan para usted.

—¿Y esas cosas que harán para mí serán permanentes?

—En absoluto, a menos que no las deshagamos. Y no creo que debamos deshacerlas contra su voluntad. De todos modos, aunque podamos destruir nuestra propia obra, no podemos destruir las de otros; es decir, reducirlas a sus últimos elementos. Lo que es más: ni soñaríamos tratar de hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque los viejos motivos no obran aquí. Envidia, avidez, robo, asesinato, o cualquier forma de destrucción, son desconocidos aquí. No pueden ocurrir. Nada altera la materia aquí, si no es la mente, y yo no puedo querer que se destroce su cuerpo mientras usted lo quiera entero. No podemos robar, por la misma razón. Las cosas que nos pertenecen, pertenecen a nuestro estado de ánimo, y no se pueden arrancar de él; así que no podemos trasladar nada del estado de ánimo de otra persona al nuestro. Y si lo pudiéramos, no querríamos hacerlo, pues cada uno tiene siempre todo lo que quiere. Si me gustan su casa o su paisaje más que la mía, me puedo hacer una igual. Pero no la hacemos, porque tenemos el orgullo de ser originales aquí, y preferimos tener cosas distintas a las de otros. Entre paréntesis, como usted no tiene aún casa aquí, no digamos ya paisaje, podría mejor compartir la nuestra.

—Es usted muy amable — dijo Mr. Spalding. Pensaba en Oxford. Cuartos tranquilos en Oxford. Parecía vacilar. — Me intriga dónde podría yo poner mi paisaje — dijo.

—¿Qué quiere decir "ponerlo"?

—Sí; colocarlo... Que no moleste, no se interponga en paisajes de otros.

—¿Pero cómo podría interponerse? Usted lo coloca, según dice, en su propio espacio y su propio tiempo.

—Sus propios espacio y tiempo... — Mr. Spalding se excitaba más y más.

—Pero, ¿cómo?

—Oh, no puedo explicarle. Así ocurre, no más.

—Pero quiero entenderlo. Debo entenderlo.

—No lo evadas así, Pablo — dijo Isabel. — Siempre quiso entender todo.

—Pero, si yo mismo no lo entiendo...

—Mejor es que trate con Kant o con Hegel.

—Preferiría Kant.

—Bueno. Tendrá que ponerse en su mismo estado de ánimo. Piense en él y pregúntele si puede entrar hasta él.

Isabel le explicó:

—Es como telefonear a alguien, y preguntar si lo puede visitar.

—¿Y suponiendo que él no quiera?

—Confíe y espere que quiera. Es claro que quizá pudiera ocurrir. El podría haberse pensado no existente, o dejado de pensar. Así se protege uno. Estése quieto un momento, ¿quiere?

Hubo un intenso silencio. Luego dijo Jeffreson:

—Ahora usted pasó.

Y Mr. Spalding se halló en un cuarto blanqueado, amueblado modestamente con tres filas de estantes de libros, una mesa escritorio, otra mesa cubierta de misteriosos instrumentos y dos sillas. Una lámpara con pantalla alumbraba la mesa escritorio. Mr. Spalding había dejado el país de los pinos relumbrante de sol, pero parecía que la hora de Kant estaba alrededor de las diez de la noche. La amplia ventana daba a un obscuro cielo de estrellas.

Un hombre bajo, de mediana edad, sentado a la mesa, llevaba ropa del siglo XVIII y peluca, y miraba con ojos de honda inteligencia en una cara magra y seca. Mr. Spalding comprendió que estaba en presencia de Emanuel Kant.

—¿Usted me pensó?

—Perdómene. Soy Jaime Spalding, estudioso de filosofía, y uno de sus más devotos discípulos. Creo que la tendencia de la actual filosofía deberá ser el retorno a Kant.

—Diga, mejor, el avance con él.

—Me dijeron que quizá usted podría estar dispuesto a explicarme las muy extraordinarias condiciones en que me encuentro, las que me parecen extraordinaria confirmación de su teoría del espacio y del tiempo, señor.

—Así es. Así es. Pero eso va más allá de todo lo que jamás pude soñar. No estaba en mi sistema que la Voluntad — a la que yo daba, si usted recuerda, un papel puramente ético y pragmático — que la Voluntad y la imaginación de cada individuo se crearían su propio y separado espacio y tiempo, y sus propios objetos únicos en su espacio y tiempo. No preví esta multiplicidad de espacios y de tiempos. En mi época, sólo había un espacio y un tiempo para todos. Cuando llegué aquí, me fué muy grato hallar que todos hablan y piensan correctamente sobre tiempo y espacio. Usted habrá notado que aquí decimos estado; es decir, estado de conciencia, donde antes decíamos lugar. Del mismo modo, hablamos de estados de tiempo, queriendo decir tiempo como estado de conciencia. Mi estado actual, usted observará, es de las diez y diez minutos justos, por mi reloj, que es mi conciencia la que registra mi hora automáticamente. Mi propia hora, no la ajena; fíjese bien.

—¿Pero no es eso demasiado incómodo? Si usted se guía por su propia y distinta hora, y cada uno por la suya y distinta, ¿cómo diablos — quiero decir cómo ángeles — pueden darse citas? ¿Cómo se coordinan?

—Nos citamos, nos coordinamos, lo mismo que en la tierra, por un sistema del todo arbitrario. Medimos el tiempo por espacio, eventos, movimientos en espacio-tiempo. Sólo que, bajo condiciones terrenales, había en apariencia una tierra y un sol, un día y una noche para todos; aquí cada uno tiene su propia tierra y su propio sol y sus propios días y noches. Así que debemos emplear en común un día y noche, un sol y una tierra ideales, cuyos movimientos se miden exactamente como los medíamos en el mundo, por relojes. Sólo que nuestros relojes públicos tienen cinco manecillas, que marcan, además, semanas, meses y años. Todas nuestras citas y cálculos científicos se guían por esta hora oficial, que dan estos relojes públicos. La única diferencia entre cielo y tierra con ésto, es que consideramos esta hora oficial como lo que es en realidad: una irreal, arbitraria y artificial convención. Sabemos bien, no como resultado de razonamientos filosóficos o matemáticos, pero como parte de nuestra experiencia consciente ordinaria, que no hay espacio y tiempo absolutos. Yo diría que no hay espacio y tiempo reales, si no fuera que, en el cielo, un estado de conciencia lleva consigo su propia realidad por ser tal, y estado de espacio o de tiempo son tan reales como cualquier estado de conciencia.

Claro que sin una hora oficial arbitraria cualquiera, pero reconocida, sería imposible coordinar las horas individuales entre sí. Por ejemplo: Usted vino directo y de repente, desde el mediodía de Mr. Jeffreson a mis diez de la noche, pero el reloj público (estamos en Koenigsberg; no tengo imaginación visual y dependo por entero de mi memoria en mi paisaje), el reloj público marca las ocho menos cuarto, y si yo invitara a Mr. Jeffreson a visitarme, la hora fijada serían las ocho de esta hora oficial; pero él se encontraría en mi hora, las diez.

—Pero, realmente, también en la tierra cada uno llevaba consigo su espacio y tiempo y mundo particulares, medidos por eventos internos, que si pasaban veloces, nuestro hora particular sobrepasaba a la hora del reloj, y si lentos, nos atrasábamos. Así, también, en la vivencias del sueño, hay muchos más eventos por segundo que en la vigilia; de tal modo que en un sueño podemos vivir por horas y días durante la fracción de tiempo que coincide con el aldabonazo que nos despierta. Es absurdo decir que, en este caso, no vivimos en dos sistemas de tiempo distintos. Además, en telepatía y en clarividencia, tenemos experiencia, en grado menor, de lo qué es entrar en estados de conciencia ajenos.

—Pero — dijo Mr. Spalding — en la tierra, mi conciencia dependía de un mundo en apariencia fuera de ella, que se presumía existir en la conciencia de Dios, de la que era instrumento ostensible mi cuerpo. Aquí, al contrario, tengo al mundo dentro de mí, creado por mi propia conciencia, y mi cuerpo no es ya instrumento sino más bien un accesorio posterior al hecho cumplido; de esto, infiero que en la tierra estaba yo más cerca de Dios que en el cielo. Parece que me hubiera vuelto mi propio Dios.

—¿Y no se le ocurre que, siendo usted ahora más divino, más parecido a Dios, más teoide, está en verdad mucho más cerca de Dios?

—Esa es la cosa. Cuando pienso en la aplastante vida terrenal, con sus horribles penas, su imbecilidad, su perversidad, en la lucha sin fin entre sangre y roña, que termina en derrota, no puedo menos que cavilar cómo tales cosas puedan existir en la Absoluto, y por qué lo Absoluto no nos ha puesto, o, como usted diría, no nos ha pensado, en este celeste estado desde el principio.

—¿Y usted supone que cualquier inteligencia finita, cualquier voluntad finita, podrían disponer del poder que aquí tenemos, podrían crear universos, sin estar disciplinadas por la lucha contra los males y los problemas de la tierra, por lo menos? ¿Usted recordará mi entusiasmo por la ley moral, mi Imperativo Categórico? No disminuyó. La ley moral sigue y seguirá rigiendo a la tierra; pero ahora veo aquí que ella no es una meta en sí misma, sino sólo el medio de que es meta este poder y esta libertad.

Cuando dice usted que el mal y el bien, que siempre son sólo relativos, existen en lo Absoluto, sin cambiar ni resumirse ni abreviarse, usted dice tonterías. Usted piensa del mal y del dolor en términos de una dimensión de tiempo y tres dimensiones de espacio, por las que el mal y el dolor se multiplicarían indefinidamente.

—¿Qué quiere usted decir?... ¿Una dimensión de tiempo? ¿Qué es eso?

—Quiero decir tiempo tomado en extensión lineal, la pura sucesión de pasado, presente y futuro. Usted piensa en el mal y el dolor como distribuídos y repetidos indefinidamente en tiempo y espacio, mientras que en la idea que es su forma de eternidad, en el peor caso, no son infinitos ni muchos, sino uno. Esto lo verá usted por sí mismo cuando venga conmigo al estado de tiempo tridimensional.

—¿Y qué es eso? — dijo Mr. Spalding, intrigado hondamente.

—Eso —dijo el filósofo— es tiempo no en sucesión lineal, sino tiempo que gira dos veces sobre sí mismo para abarcar lo pasado y lo futuro en su presente. Pues como el tiempo se repite para formar la línea del espacio, así el instante se repite para formar la línea del tiempo lineal, pasado, presente, futuro. Y como la línea de una dimensión gira un punto hasta el ángulo recto de sí misma para formar el plano, que es bidemencional, así el tiempo lineal, unidimensional, gira en el punto instante presente y forma el tiemulo plano, bimensional, pasado-presente o presente-futuro. Y como el plano gira sobre mí mismo para formar el cubo, así el pasado presente y el presente-futuro se doblan hasta encontrarse y formar el tiempo cúbico, o sea, pasado-presente-futuro, juntos. Este es el estado de conciencia trimensional en el que debemos pensarnos.



—¿Quiere usted decir que así se nos resolverá el enigma del Universo?

—¡Quién sabe! El universo es un tremendo rompecabezas, un puzzle infinito, con que Dios podría tenernos divertidos para toda la eternidad, si quisiera. No podremos durar mucho en ese estado, ni abarcar todo el pasado-presente-futuro de una vez. Pero usted podrá comprender lo qué es tiempo cúbico. Empiece con una sección cúbica chica, que usted agrandará por grados, hasta abarcar todo el tiempo cúbico que pueda en una duración. Mire por esa ventana. ¿Ve ese carro que baja por la calle? Pasará por la casa del señor Schmidt, enfrente, y la fonda "El Soldado Prusiano", y el almacén y el reloj, antes de llegar a la iglesia. Ahora vea lo que sucederá.

★

Lo que Mr. Spalding vió fué la repentina detención del carro, que ahora aparecía simultáneo en cada etapa: la casa del señor Schmidt, la fonda, el almacén, el reloj, la iglesia y la calle que aun no había tomado.

En esta visión, los objetos sólidos se hicieron transparentes; así que veía la otra calle próxima a través de las casas intermedias. Del mismo modo, distribuídas en el espacio, como en proyección Mercator, vió todas las etapas sucesivas del carro, hasta su llegada en una granja, entre un establo y una parva de heno. En la misma duración de tiempo, que era su presente, veía a toda la gente de la ciudad moviéndose en sus casas, comiendo, fumando y yendo a la cama, y los paisanos en sus chalets y chozas, y la familia del conde en su castillo. Todas estas figuras conservaban todas sus posiciones múltiples mientras la asombrosa vivencia duró.

La escena se amplió. Llegó a ser toda Koenigsberg, y Koenigsberg se volvió toda Prusia, y Prusia toda Europa. Mr. Spalding parecía tener ojos a los lados y detrás de su cabeza; veía al tiempo alzándose alrededor suyo como un inmenso espacio cúbico. Se daba cuenta de la historia más cercana, pasada y futura, de la Revolución Francesa, de las Guerras Napoleónicas, de la Guerra Mundial de la República Hindú, de la República Inglesa, la conquista del Japón por América, los Estados Unidos de Europa, todo sucediendo en bloque.

La escena se extendía más y más, pero siempre retenía míster Spalding cada detalle ante sí como apareció al principio. Ahora percibía vastos períodos geológicos, la edad glacial, vuelos de temibles pterodáctilos, grandes saurios, el mamut y el hombre cavernario, todo hacia el pasado, mientras hacia el futuro veía los mares invadiendo las tierras bajas o secándose y las catástrofes que destruían los países y la tierra. Lo llenaba un inmenso éxtasis pánico atravesado de dolores como puñaladas. Y al mismo tiempo, la marea de la vida lo arrastraba hasta una honda, extraña, paz, mientras seguía sintiendo desde el pulsante corazón de Dios la circulación del Universo, el subir la savia en los árboles, la delicia de los animales en celo, las estrellas resonando como música de cuerdas en su danza.

Su perspectiva se ensanchó más. Estuvo presente al principio y al fin. Vió la tierra como bola incandescente lanzada desde un sol como rueda girando. Y vió también a la tierra colgando como una blanca luna muerta en un cielo desparramado de cadáveres de mundos extintos. Pero no había obscuridad, pues la luz es más vieja que los soles: es madre de ellos.

Vió los vastos planos del tiempo atravesándose, girando dentro y fuera uno del otro. Vió otros sistemas de espacio y tiempo alzándose, cayendo, cerrándose y encerrados.

Y como microscópica inclusión en la infinita escena, su propia vida desde el nacimiento hasta el instante actual, junto con todos los eventos de su futura vida celeste, y, en esa fracción de visión, el adulterio de Isabel, que le había parecido tan monstruoso, tan abrumador, se revelaba insignificante.

Y ahora el universo se disolvía en los últimos elementos de la materia, electrones de electrones de electrones, un tejido invisible vibrando en gran tensión, extendido por todo el espacio y todo el tiempo. Vió cómo todo se sumía y terminaba en el espacio del espacio, en el tiempo del tiempo, en el pensamiento de Dios.

Mr. Spalding fué arrastrado con todo. Pasó de la vida divina inmanente a la trascendente, a lo Absoluto. Por un instante, creyó que eso era muerte, pero su ser se henchía y seguía henchiéndose de una inefable, inconcebible, dicha.

Cuando emergió de su éxtasis, se dió cuenta de que Dios hilaba su pensamiento otra vez, retejiendo otra materia a través de otro espacio y otro tiempo.

Estaba haciendo un nuevo puzzle de universo.

■



Intimidades de Escritores CONTADAS POR ELLOS MISMOS

Porqué Voltaire se Negó al Mármol

El célebre filósofo y escritor Voltaire, dirigió a Madame Necker, el 21 de mayo de 1770, la carta que reproducimos a continuación. En ella, a través de la ironía conque acostumbraba a referirse a sí mismo, trasciende la tristeza que le provocaba su estado físico:

"Mi modestia, señora, y mi razón me hicieron creer en un principio que la idea de una estatua era una buena broma; pero puesto que la cosa es seria, permitidme que os hable de ella seriamente.

Tengo setenta y seis años y acabo de pasar una enfermedad que me ha maltratado mucho mi cuerpo y mi alma durante seis semanas.



M. Pigalle debe, según dicen, venir a modelar mi cara; pero, señora, para eso sería necesario tener cara; sería difícil adivinar el sitio donde la tuve. Mis ojos se han hundido tres pulgadas, mis mejillas están reducidas a un pergamino viejo mal pegado a mis huesos sin consistencia.

Los pocos dientes que tenía se han alargado. Lo que os digo no es coquetería, sino la pura verdad. Jamás se ha visto que hagan el busto de un pobre hombre en semejante estado. M. Pigalle creería que se han burlado de él, y por mi parte tengo tanto amor propio, que no me atrevería a mostrarme en su presencia. A fin de terminar esta extraña aventura, le aconsejaría que tomase por modelo la figurilla de porcelana de Sevres que anda por ahí. Después de todo, ¿qué importa a la posteridad que un bloque de mármol se parezca a tal o cuál hombre?

Me tengo por un filósofo en este asunto; pero como soy aún más agradecido que filósofo, os doy sobre lo que me resta de cuerpo el mismo poder que teneis sobre lo que me resta de alma. Uno y otra se hallan en el mayor desorden, pero mi corazón es vuestro, señora, como si tuviese veinticinco años y siempre con el mayor respeto.

Os ruego que presentéis mis respetos al señor Necker".

Mal Bicho

De todos los alrededores llegaron, a eso de mediodía, al boliche de don Agenor Galván, los paisanos de la vendad. Venían en grupos o aislaos, en los mejores caballos de ue era posible disponer y se desarramaban en busca de la somra de los algarrobos. La siesta ra bravísima. El sol brillaba realentando la tierra. Los pastos, a ausa de la sequía prolongada, staban resecos. Los árboles conervaban apenas unas hojas amaillentas. Bajo la enramada situaa al Sud del rancho donde estaa el boliche, y recostada contra l, se recogían los aficionados al baile y a la bebida. Un arpa rúsica, tocada por los dedos de un músico ciego, echaba a volar por l ambiente recalentado los aires e la tierra: Chacareras, zambas, atos, triunfos. Las mujeres, con us polleras multicolores y sus ostros morenos, danzaban sudoosas haciendo pareja con los ágies mozos del contorno.

Los gritos y convites animaban a escena. Los ebrios se enredaban n interminables explosiones de ernura o azotaban el aire con exresiones de violencia y de salvaismo desatado. A cada momento ra contenida una pelea a punto e estallar. De cuando en cuando n buen bailarín, guapo y famoso, obligaba a los aplausos y vivas uidosos con su zapateo florido y eguro. De la tabeada, que tenía ugar bajo la sombra de un algarobo, llegaban los gritos publicaores de las apuestas.

—Cincuenta pesos al tiro. Van iez más en contra.

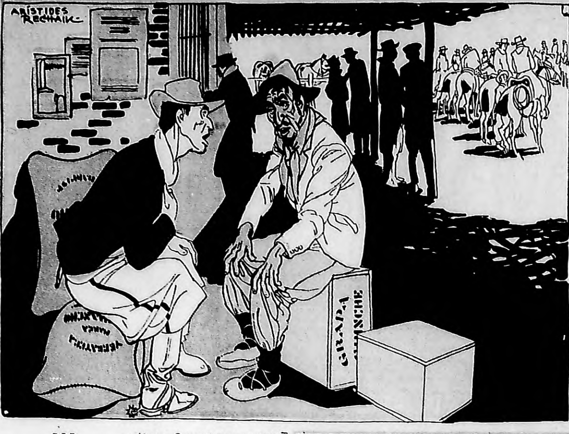
Al costado del camino real se bría la cancha para las carreras: uinientos metros de tierra limpia e pastos, endurecida y que se endía como una cinta con un reorde en el medio como para searar a los caballos corredores. Ya hay mucha gente a uno y otro ostado, a pie y a caballo.

Han comenzado las partidas y ba la emoción disparada en las omprometedoras apuestas. Los aballos contrastan en su contexura. Uno es completamente pequeño y nervioso, de pecho anosto y de no hacerle caso, como muy bien opina el cordobés Gómez, carrerista de profesión. El tro es un caballo tranquilo y de ran alzada, sin músculos en apaencia, pero de pecho amplísimo. n contra de éste ha jugado "Mal Bicho", quien en esta ocasión jaea su ansiedad excitada por la ircunstancia de que, aparte del mor propio de jugador, tiene ya omprometidos los pesos que pore y su caballo zaino, que ya lo a tenido por media provincia en numerables andanzas.

Muchos de los paisanos confían n la habilidad y en la estrategia el corredor del caballo de pecho ngosto, que en efecto, se lanza la carrera y luego se queda dantado mientras el caballo granulón entra en velocidad y pasa incuenta o cien metros más allá in poderse detener, perdiendo uerzas inútilmente. Es la treta de ansar al contrario en las partidas, conocida pero inevitable.

Por fin, en medio de una polvareda han conseguido emparejar la carrera se ha largado. Los fletes van juntos hasta la mitad de a cancha, pero luego el caballo grandulón se separa más y más acia adelante, dando la impresión e que podrá correr así media legua. La gente se arremolina un momento y la confusión se hace e golpe en la cancha, invadida or hombres a pie y a caballo.

Se ha liquidado las apuestas en n momento y el comentario se pasiona alrededor de las circunstancias de la carrera. Muchos van acia la tabeada, en busca de una uplementaria emoción, o se meten al boliche a satisfacer su afición a la bebida. Mientras tanto se arma las carreras entre caballos de segundo orden, por apuestas improvisadas ahí nomás. "Mal Bicho" ha perdido y golpeando sus botas con el talero se deja arrastrar hacia el boliche. No quiere pensar en nada, ni siquiera en que se ha quedado sin su flete, él que pensaba volar esa noche nomás porque ya presiente que llegará la autoridad a buscarlo. Se ha enredado para el Sud en una historia de puñaladas y es tiempo de que llegue la noticia y la orden de arrestarlo. Como ausente de si mismo se somete a la corriente de los sucesos, aplastada su voluntad mantenida por tanto tiempo en una tensión extrema. Por eso, se ha encontrado de repente bebiendo, sentado en unas bolsas de yerba, en compañía de un sujeto. Este amigo ocasional es don Nicucho, el famoso curandero del pago, de flacura extremada, con la cara surcada por profundas arrugas, presa de delirios frecuentes por la herencia directa de padres degenerados y por el abuso de bebidas alcohólicas. Cuando la borrachera ha desatado su lengua, "Mal Bicho" se ha puesto a contar la historia de su vida accidentada. Don Nicucho parece escucharle con profunda atención. Se ha quedado con los ojos fijos en su rostro moreno donde los ojos de expresión ansiosa ponen de manifiesto el continuo sobresalto en que transcurre su existencia. Su voz ronca apenas llega a los oídos de su contertulio en medio del rumor característico y de los gritos de los borrachos que llenan el almacén. Ha contado sus andanzas de cuatrero, innumerables y peligrosas. Se jacta de haber arreado hacienda desde estancias de La Pampa y cuenta los lances donde, en la obscuridad de los campos, ha estado muchas veces a punto de perder la vida, y donde ha repartido su coraje con la fría confianza que le daba su desesperación.



POR

Oscar R. Juárez

Ilustración de Rechain

Como resumen de sus hazañas, ha entreabierto su saco y acariciando el cabo de su enorme puñal ha dicho:

—Este debe muchas vidas.

Después de quedarse en silencio sigue su relato.

—Pero Dios parece que ha dicho hasta aquí nomás. Me ha quitado las fuerzas del alma. Ya no tengo alientos. Y él que me ha dejado hacer tantas cosas, ahora me abandona. Me siento vacío por dentro. Quiero tirarme a muerto. Sólo deseo hacer una barbaridad grande para condenarme del todo. Mi alma quiere en la otra vida un castigo cruel para pagar su deuda. No puede ser buena ni con ella misma. No pide perdón, como si necesitara las llamas del infierno.

Por eso esta noche me meteré en la "Salamanca". Estoy cierto de que en la cueva de Tres Quebrachos podré verme con el Diablo. Mi tata Fulgencio sabía decirme que ciertamente es esa la salamanca más vieja que hay y por eso he venido de tan lejos cuando he sentido la sed de condenarme: igual que lo que hizo él.

—Eso era en los tiempos viejos, don —respondió don Nicucho—. La cueva de Tres Quebrachos ya no tiene virtud. Y le digo porque yo estuve allí y no se ve nada por más llamadas que dé.

—Usté se fué con miedo.

—Habrá sido sin querer, porque yo quería aprender, y por aprender estaba dispuesto a todo.

—Yo estoy seguro de que algo he de ver. Me lo dice una voz oculta.

—Iré con usté, si le parece, expresó don Nicucho.

Se enredaron luego en una conversación sobre fantasmas y misteriosos sucesos, llenos de una sugestión extraordinaria. Entretanto los concurrentes diminuyeron y el mismo bolichero esperaba ansioso que todos desalojaran el local, pues se notaba cansado.

Con las voces enronquecidas por las fecuentes libaciones, a eso de la medianoche, los dos amigos circunstanciales se pusieron de acuerdo para irse donde tenían convenido. En consecuencia, salieron, despaciosos, sin que pudiera notarse en sus rostros descompuestos por la borrachera, nada extraordinario.

A un cuarto de legua quedaba la cueva de Tres Quebrachos y allí se encaminaron por un sendero que cruzaba el monte ralo.

—Si me veo con Zupay —dijo "Mal Bicho"— pediré a cambio de mi alma, la fuerza necesaria para hacer infelices a cuatro personas elegidas. Una de ellas será mi mujer, porque me traicionó. El otro mi hermano Gervasio porque se fué con ella. El otro don Servando, porque con engaños se quedó con mi herencia y por último al que me puso el alma en la forma que hoy la tengo. Yo sé que me han embrujado, y por eso tengo la sed de hacer el mal.

—Eso no se podrá hacer en esta misma tierra, porque sus destinos están ya trazados invisiblemente en el camino que tienen que hacer por estos pagos. Para lograr lo que dice tendrá que trasladarse usté y esas personas a otra tierra, separada de ésta por agua salada. Es lo que a mí me han enseñado los sabedores de brujerías — dijo don Nicucho.

—Si es así, entonces no tengo nada que hacer — contestó "Mal Bicho". Yo no podría salir de aquí porque me siento con raíces en el pago. Lo que me suceda en otras partes, sería como si no me sucediera a mí. Vengarme de criollos llevándolos a otra tierra, sería como si no me hubiera vengado. Yo quiero vivir y perder mi alma y entregarla aquí nomás. En medio de los montes donde he nacido. Los que me deben algo, que me lo paguen sufriendo aquí, bajo este cielo, mientras respiran el aire donde se han criado, en medio de los quebrachos y de los algarrobos que les han dado sombra a la siesta. El mal que no suceda aquí no me interesa. Lo que quiere mi alma, que es todo para el mal, nunca ha sido pensado más que para mi pago. Mis deseos suben desde la tierra, son como una enredadera plantada en mi suelo y que me hubiera cubierto el cuerpo y el alma. El mal que yo hago y el mal que quiero también es criollo como yo: también es del pago. El mal que no brota de aquí es cosa gringa y a mí no me interesa.

Y en ese momento los dos entraron a la cueva de Tres Quebrachos.

Turno Real

Fué en Porto Novo, capital administrativa del Dahomey, sobre la gran laguna de márgenes verdes, que trabé conocimiento con dos reyes humanos: el rey del día y el rey de la noche.

Zounon Medgé, rey de la noche, habita una pequeña casa de un piso, en medio de chozas, templos para fetiches, cocinas y habitaciones de todas clases donde hormiguean sus mujeres y sus hijos. Es un viejo amable que tiene la manía de los sombreros. Sombreros de terciopelo bordado, sombreros directorio, bicornios de almirante o de general haitiano, kepis de generales peruanos, turbantes realzados con plata y oro, sombreros de todas formas y de todo precio, llenan los cajones de varias cómodas.

Zounon me exhibe sus tesoros después de haberme ofrecido champagne tibio en vasos discabalados. Es un buen hombre, convencido de la importancia de sus funciones.

No sale sino de noche, como su colega no sale sino de día. Es la única fórmula de dunvirato incapaz de engendrar rivalidades. Cuando un rey del día muere, el rey de la noche entroniza al hijo del difunto o su nieto, o su sobrino. En seguida los dos reyes no se vuelven a encontrar más.

El rey del día habita otro barrio. Es un hombre joven, que acaba de ser designado. Le tiendo la mano y me la estrecha amistosamente. Pero no pasa del umbral de la puerta: no tiene derecho a salir de la casa real ni tomar el poder hasta que la cabeza de su predecesor no se haya desprendido sola del cadáver y no haya concluído de comerse las entrañas del muerto. Como el actual rey del día no es antropófago y saborea los órganos internos del difunto rey con una prudente lentitud, le queda todavía un mes para salir a pleno sol, entre su pueblo.

Reyes de opereta, se podría decir. Ciertamente, sobre todo si se les compara con los antiguos reyes del Dahomey. No se trata aquí de Behanzin, ni de Guaso y Glelé, el León y el Toro, que dieron el poder y la gloria a las tribus de los Fons.

Me he curvado para entrar bajo la choza inmensa y redonda que guarda los restos de Glebé, el Toro dahomeyano. Un vasto lienzo púrpura cubre el monumento chato bajo el cual reposa uno de los más grandes guerreros del país, que había aprendido el secreto de las trincheras y de las fortificaciones.

Andrés Demaison

Alarme a sus Amigos

UN señor adquiere un reloj que vale 60 pesos y entrega al relojero un imponente y verosímil papel de cien. El relojero no tiene cambio y debe recurrir al talabartero de enfrente, que se lo facilita. El señor se retira con el reloj (que vale 60 pesos) y con los 40 pesos de cambio. Al rato aparece el talabartero, trémulo de virtuosa indignación y de falsa piedad, y jura que el papel es falsificado. El relojero toma el billete, lo pesa, huele y examina al trasluz, y se convence de la entera justicia de la reclamación. Tiene que abonar al talabartero los cien pesos prestados.

El problema es éste: ¿A cuánto asciende el daño general padecido por el relojero?

LA SOLUCION

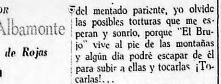
Lo habitual es adicionar: Un reloj de 60 pesos más 40 pesos de cambio más 100 pesos de reparación, igual a 200 pesos. Esa hipótesis melancólica y popular olvida enteramente que los 40 nacionales llevados por el señor son los que el talabartero mandó y que de los 100 pesos que éste reclama, 60 son los ya remitidos por él. Rectificado el olvido, tenemos: Un reloj de 60 pesos más una reparación de 40 pesos, igual a 100 pesos, que es lo que pierde el relojero.

El talabartero es el padre de la discordia. Bueno es considerar que su actuación no pasa de entregar los 100 pesos y de recuperarlos después, dos operaciones que se aniquilan.

Es posible que algún lector no esté convencido. Que se plantée de otro modo el problema que procure indagar, no el perjuicio del relojero, sino la ganancia del estafador. Es evidente que ésta se limita a 100 pesos: 60 del reloj y 40 del vuelto. Es también evidente que la ganancia debe equivaler al perjuicio.



Las Montañas Azules



POR
Luis M. Albamonte

Ilustración de Rojas

SOY un niño. Soy un niño, y estoy frente a mi madre, que se retuerce gritando en la cama. Cada grito de ella es una puñalada que me desangra. Me siento empujado a no sé qué extraño lugar fuera de mi. Comprendo que es absurdo, un terrible absurdo, que yo esté aquí, los ojos desorbitados de espanto, las manos temblando, sin dar un paso adelante u otro atrás, mientras mi madre se muere. Hay en torno mío rostros de personas extrañas y me siento más solo. Una angustia inmensa me ahoga y me enmudece. Porque yo quisiera pedir a gritos que la salven, que ella es mi madre y yo soy solo. Que no la dejen morir, porque ella no querria dejarme, ni yo quiero que me deje. Poco a poco me distancian de su lecho inconscientes curiosos que no conozco. Intento reacercarme, pero es en vano. Tiendo la mano, seguro de que ella me la tomará diciéndome: "Ven, hijo mio, ven, que estoy sanando". Pero sólo siento un murmullo de voces apagadas. Mi madre ya no grita. Ahora hay silencio. Y lloro. Y, ¡oh bárbara comprensión de mis pocos años! me alejo para llorar, huyo del lecho donde está la que enjugó mis lágrimas y lloró viéndome llorar.

Me voy al corral, me apoyo en el cerco de maderas y le clavo mis uñas. Me desespero, levanto al cabeza al cielo y la soledad infinita me agobia. Sollozo. ¡Madre, madre! Y me parece verla cerca mio. No, no está enferma. Y sonrío de las locuras horribles que se me ocurren. ¡Imaginar a mi madre en agonia! ¡Y converso con ella de flores, de cosas de niños y de cosas de madres!... ¡Madre, madre!...

Siento pasos. Están frente a mi mis dos tías. Y me despiertan brutalmente:

—Se está muriendo tu madre...

Y quedan junto a mí, hablando del entierro. Discuten la hora del sepelio, la calidad del cajón, la pieza para el velorio. Siento un escalofrío por todo el cuerpo. Se me crispan las manos. Me muerdo los labios y una sensación de aplastamiento cunde por todo mi ser. Entonces quiero gritar, dejar escapar un alarido, un insulto; quiero tomar una piedra y tirársela a las herejes. Matarlas si es posible. Pero no puedo. Hago esfuerzos por moverme o por hablar. Y quedo inmóvil, como una estatua, mudo, quieto. Pero dentro de mi hay un torbellino que me enloquece...

Y hacen un alto en la conversación. Miran al corral y se indignan:

—¡Pobres gallinas! ¡Bebe, dales agua que tienen sed!

¿Pero es posible que ellas piensen así? ¡Qué me importan las gallinas si se está muriendo mi madre!

Mis tías se van. Yo me siento alejado de mí mismo. Dividido. Una parte es dolor hecho sombra muda. La otra sólo sombra. Me parece vivir un semisueño. Efecto tal vez de los golpes brutales. Estoy lejos de todos.

Y voy hasta la canilla. Lleno un balde. Lo vuelco en el bebedero del corral. Las gallinas beben ávidamente. Veo cómo se agolpan y riñen por un sorbo del agua fresca que yo les di. Y sonrío...

★

Pasó no sé qué tiempo. Todo lo que fué nuestro se vendió. Tenía olor a muerto y era de mal agüero retenerlo. Gente extraña me llevó a su casa a vivir. Comencé a ver caras nuevas, muebles, aposentos, expresiones. Sentí nuevas voces, risas desconocidas, palabras agrias, soeces. Tuve que hacerme a ese medio. De modo que ahora soy otro. Como vivimos en el mismo pueblo, sólo quedan de aquel tiempo que fué, las montañas: las montañas azules de la lejanía. A veces, paso horas enteras contemplándolas, hasta que la penumbra de los atardeceres me las roba de los ojos. Me parece que allí esto yo. Si no el de ahora, el que fué. Siempre me gustaron estas montañas. Decía mi madre que no sabía hablar y ya las señalaba con el dedo. Ahora tienen sobre mi una extraña sugestión. Son mías o yo soy de ellas. Son mi vida. No lo comprendo bien, pero las miro y las miro largas horas.

Que en esta casa molesto lo sé por los gritos que me dan. Me desprecian y me excluyen a los rincones como a un perro. He aprendido a callar, a resignarme, a morderme los labios sin llorar. Por fin me amenazan con enviarme a la casa de "El Brujo". Es otro pariente, siniestro personaje. Se cuentan de él muchas tragedias. La policía le teme y es por ello que goza de libertad. Vivió siempre solo. Nunca tuvo un hijo, una mujer, un amigo. Y yo pienso que me envían a él para que acabe conmigo.

Cuando me ordenan que suba al "sulky", para llevarme a casa del mentado pariente, yo olvido las posibles torturas que me esperan y sonrío, porque "El Brujo" vive al pie de las montañas y algún día podré escapar de él para subir a ellas y tocarlas. ¡Tocarlas!...

El aire fresco, las flores de los prados y la alegría de los pájaros dicen que es una mañana de septiembre. Su aroma, sus trinos, su color, me llegan al alma. El pobre caballo que nos arrastra renguea y el hombre que me acompaña lo azota brutalmente.

En el camino encontramos a "El Brujo". Nos detenemos. El no se sorprende. Es hosco, huraño, hostil. Una cicatriz le surca totalmente la mejilla derecha. Para él ni siquiera fué un susto. Habla con monosílabos, secos, áridos.

Se ponen de acuerdo y como él quiere seguir caminando debo bajarme y quedar en el sendero. Cuando estamos solos comenzamos a caminar. Un temor grande, temor de niño, me intimida. Alzo la cabeza para mirarlo a hurtadillas y lo veo serio, los ojos en las montañas azules. Baja la vista. Me mira y yo huyo su mirada. Ello sucede otra vez. Entonces me toma la mano. Andamos buen trecho y noto que la presiona levemente. La aprieta más. ¡Quién sabe qué piensa! Porque es como un cariño. Ello me da coraje. Estov a punto de inclinarme para cortar una flor, pero todo no pasa de un intento. La próxima que veo la recojo. En seguida lo miro. El me contempla serio. Pero no se enoja. Es lo que me interesa. Y me animo a aspirar su perfume. Se acerca otra flor, pero está distante. Alargo el brazo y no la alcanzo. "El Brujo" me suelta. Yo me quedo estupefacto. El corazón me golpea fuertemente el pecho. Y me aparto de él y vuelvo con la flor, sonriendo. El me mira serio. Y soy yo quien se prende de sus dedos. Y me suelto cuantas veces quiero y vuelvo a él contento. Y no se enoja. Le doy el ramo que he formado y lo acepta sin decir palabra. Yo espero que lo alce para aspirar su aroma, pero ni lo mira.

Andamos bastante camino y aun no puedo convencerme. De exprofeso me aparto de él cada vez más y vuelvo corriendo. Pero no me reprende. Lo miro con insistencia y lo nota. Es él ahora el que huye mi mirada. Porque yo quisiera decirle cosas amables. Y él lo sabe.

Mi osadía llega a alejarme tanto de él que apenas escucharía su voz si me gritara. Pero él no teme que me escape y deja que yo juegue. Me escondo detrás de una enorme piedra, pedazo de mis montañas azules, y espero que me llame hoscamente. Cuando surjo otra vez veo que se ha detenido y que me espera. Llego hasta él jadeante, contento. Y tiene el ramo de flores en la boca. Y para mi es una alegría más.

Las montañas azules están muy cerca. Ahora mismo podría soltarme de "El Brujo" e ir hasta ellas corriendo. Porque ya sé ahora que él me dejaría ir. Pero me prendo a él con mis dos manos. Apoyo mi cabeza en su brazo y así, viendo llegar las montañas, comenzamos a andar otra vez. Y yo no puedo contener mi felicidad. No sé cómo expresarle mi contento, mi gratitud. No sé si él me comprenderá pero, casi llorando, le digo desde el corazón: "Padre". Se sorprende. Me mira. Se le turban los ojos. Se ha conmovido. Quiere decirme una palabra, sólo una, pero la muerde en los labios y no la dice.

Me acaricia los cabellos y seguimos.

Las montañas están a un paso. Entonces le digo, para que me acompañe, porque yo sé que tiene que agradarle si las ve bien, como yo quiero verlas:

—¿Subimos a las montañas?...

El galopar de un caballo se acerca. Antes de que me responda un jinete, en brioso alazán está ante nosotros y nos detiene.

—¡Patrón, los Aguilar nos han muerto a escopetazos diez vacunos de raza! ¿Qué hacemos?...

Yo, que sólo pienso en la alegría de realizar mi sueño, le pregunto también, temiendo por aquel anuncio que puede postergar el paseo maravilloso:

—¿Qué hacemos?...

El está seguro de la respuesta, pero la demora. Somos dos que esperamos ansiosos. Se hace silencio. Un respirar fatigoso y una quietud de niño tímido. Somos dos. "El Brujo" me mira, sonríe y me dice:

—Vamos a las montañas...



Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim



























